Nochebuena

Nikolái Gógol

FUNDACIÓN Carlos Slim

Nochebuena

Gógol, Nikolái

Cuento

Se reconocen los derechos morales de Gógol, Nikolái.
Obra de dominio público.
Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim
Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada
C. P. 11529, Ciudad de México. México.
contacto@pruebat.org

El último día antes de Navidad había acabado. Llegó clara la noche de invierno. Salieron las estrellas. Se alzó grandiosa la luna en el cielo para iluminar a las buenas gentes y a todo el mundo, para que todos disfrutaran de salir a cantar koliadki y a alabar a Cristo. El frío era más helador que el de la mañana; sin embargo, había tal calma que el crujido del hielo bajo una bota podía oírse a media versta. Bajo las ventanas de las cabañas no había aparecido todavía ningún grupo de mozos; la luna sólo echaba miradas a escondidas, como si así invitara a las mozas engalanadas a salir cuanto antes a la crujiente nieve. Y he aquí que por la chimenea de una cabaña empezó a salir un humo denso, a bocanadas, y avanzó por el cielo como un nubarrón. Y junto con el humo subió una bruja en su escoba.

Si en ese momento hubiera pasado el delegado de Soróchintsy en una troika de caballos comunales, en gorro con cintillo de piel de cordero hecho a la manera de los ulanos, en zamarra azul forrada de astracán negro, con un zurriago diabólicamente tejido con el que tiene la costumbre de apremiar a su cochero, pues seguramente habría reparado en ella, porque no hay bruja en el mundo que se le escape al delegado de Soróchintsy. De cada mujer se sabe al dedillo cuántos gorrinos le pare una cerda, cuántas telas tiene en el arcón y qué prendas de ropa o enseres empeña un buen hombre el domingo en el figón. Pero el delegado de Soróchintsy no pasó por allí, además, qué más le dan a él los asuntos de los demás, si ya tiene su propio vólost del que ocuparse. Y, entre tanto, la bruja había subido tanto que sólo era una manchita negra volando bien arriba. Pero apareciera donde apareciera la manchita, las estrellas, una tras otra, se perdían en el cielo. Muy pronto la bruja las había acumulado a manos llenas. Tres o cuatro seguían brillando. De pronto, desde el lado opuesto apareció otra manchita, creció, empezó a extenderse y ya no fue más una manchita. Un corto de vista, aunque se hubiera puesto en la nariz las ruedas de la carreta del comisario en lugar de gafas, aun así tampoco habría distinguido qué era aquello. Por delante era un completo alemán: una jeta estrechita, que giraba continuamente y olfateaba todo lo que se encontraba, acabada, igual que la de nuestros cerdos, en un hocico redondito; las patas eran tan finitas que si el principal de Yareski las hubiera tenido así, se las habría partido al primer kozachok. Sin embargo, por detrás era un auténtico letrado de provincias en casaca de gala, porque le colgaba un rabo tan puntiagudo y largo como las faldillas de las casacas de ahora; quizá si acaso por la barba de chivo debajo del

hocico, por unos pequeños cuernos que le sobresalían en la cabeza y que todo él no estaba más blanco que un deshollinador podía adivinarse que no era ni un alemán ni un letrado de provincias, sino un simple diablo al que le quedaba una última noche para corretear por el mundo y enseñar a pecar a las buenas gentes. Mañana mismo, con las primeras campanas para la misa del alba, saldría corriendo sin mirar atrás, con el rabo entre las piernas, directo a su cubil.

Mientras, el diablo se iba acercando despacito a la luna y ya había empezado a alargar el brazo para atraparla, cuando, de pronto, lo apartó, como si se hubiera quemado; se lamió los dedos, sacudió una pierna y corrió hacia el otro lado, y otra vez retrocedió de un salto y apartó la mano. Sin embargo, a pesar de estos primeros reveses, el astuto diablo no cejó en sus travesuras. Una vez que logró acercarse corriendo, agarró de pronto con ambas manos la luna, entre aspavientos y soplidos, y se la lanzó varias veces de una mano a otra, como un aldeano que ha cogido con las manos desnudas el fuego para su pipa; por fin la escondió a toda prisa en el bolsillo y, como si nada, siguió su camino.

En Dikanka nadie sintió cómo el diablo robaba la luna. En verdad, el escriba del vólost, que salía a cuatro patas del figón, vio a la luna bailando sin ton ni son en el cielo y se lo juró y rejuró a toda la aldea; pero los legos meneaban la cabeza e incluso se burlaban de él. Aunque ¿cuál era la razón que llevó al diablo a ese hecho tan desordenado? Pues ésta es: sabía que al rico cosaco Chub lo había invitado el salmista a kutiá y que allí estarían: el principal; un pariente del salmista llegado del coro episcopal, vestido con levita azul clara y que se había hecho con el bajo más grave; el cosaco Sverbyguz y alguno más; y donde, aparte de la kutiá, iba a haber vodka especiado, vodka destilado con azafrán y vituallas de todo tipo. Y, mientras, su hija, la más bella de toda la aldea, se quedaría en casa y a ver a la hija iría, seguro, el herrero, un buen mozo, fortachón como ninguno y que al diablo le resultaba más desagradable que los sermones del padre Kondrat. En el tiempo ocioso de su trabajo el herrero se dedicaba a la pintura y tenía fama de ser el mejor pincel de los alrededores. El propio sótnik L***ko, que por entonces todavía vivía, lo había llamado a propósito a Poltava para que decorara la cerca de madera de su casa. Todas las fuentes en las que los cosacos de Dikanka tomaban sopa debían su decoración al herrero. Éste era un hombre temeroso de Dios y solía pintar imágenes de santos y todavía hoy se puede encontrar en la iglesia de T*** a su evangelista Lucas. Pero el triunfo de su arte era un cuadro pintado en el muro de la iglesia, en el atrio derecho, en el que había representado a san Pedro en el día del Juicio Final, con las llaves en la mano y expulsando del infierno a un espíritu maligno; el asustado diablo corría de un lado para otro, presintiendo su ruina, mientras los pecadores antes cautivos lo golpeaban y acosaban con látigos, con leños y con todo lo que tuvieran a mano. En esa época, cuando el pintor se afanaba en este cuadro y lo pintaba en una tabla grande de

madera, el diablo intentó impedírselo con todas sus fuerzas: invisible, le empujaba el brazo, sacaba ceniza de la fragua y la espolvoreaba por el cuadro; pero, a pesar de todo, el trabajo llegó a su fin, la tabla se llevó al interior de la iglesia y se encajó en el muro del atrio y, entonces, el diablo juró vengarse del herrero.

Sólo le quedaba una noche para corretear por el mundo, pero esa noche había encontrado cómo descargar su cólera contra el herrero. Y para eso había decidido robar la luna, con la esperanza puesta en la pereza y poca disposición para moverse del viejo Chub, su isba no estaba tan cerca de la del salmista: el camino iba por detrás de la aldea, junto a los molinos, junto al cementerio, rodeaba un barranco… Todavía en una noche con luna el vodka especiado y el de azafrán podían tentar a Chub, pero con tal oscuridad era poco probable que alguien consiguiera bajarlo del horno y arrastrarlo fuera de la cabaña. Y el herrero, que desde tiempo atrás estaba reñido con él, por nada del mundo osaría ir a ver a la hija en su presencia, a pesar de su fuerza.

De esta forma, en cuanto el diablo se hubo escondido la luna en el bolsillo, al momento el mundo se hizo tan oscuro que no todos habrían encontrado ya no el camino a casa del salmista, sino siquiera el del figón. La bruja, encontrándose de pronto a oscuras, lanzó un grito. Y entonces el diablo, que se había acercado obsequioso, la arrastró del brazo y se puso a susurrarle al oído lo mismo que siempre se le susurra a todo género femenino. ¡Nuestro mundo está organizado de una forma extraña! No importa qué es lo que viva en él, que todos se esforzarán por adquirir y remedar al otro. En otro tiempo, el juez y el alcalde de Mírgorod solían andar en invierno con una zamarra cubierta de paño, mientras que los funcionarios menores la llevaban sin nada. Bueno, pues ahora el delegado y el juez de apeo habían terminado de embrearse unos abrigos nuevos de piel de astracán de Reshetílovka con envoltorio de paño. Ya es el tercer año que el oficinista y el escriba del vólost se han hecho con seda burda de color azul de seis grivnas el arshín. El sacristán se ha hecho unos pantalones abombados de nanquín para el verano y un chaleco de estambre listado. En una palabra: ¡todos quieren ser alguien! ¡Cuándo dejarán de ser hueros! Y, sin embargo, podría apostarse que a muchos les parecerá sorprendente ver al diablo permitiéndose hacer las mismas cosas. Lo más enojoso de todo es que seguro que él se imagina que es un buen mozo, y resulta que tiene una figura que… vergüenza da mirarla. El hocico, como dice Foma Grigórievich, es una abominación abominable, sin embargo, ¡bien que hace la corte! Pero en el cielo y debajo del cielo había tal oscuridad que ya no se podía ver nada de lo que ocurrió a continuación entre ellos.

—Así que, compadre, ¿todavía no has estado en la cabaña nueva del salmista? —decía el cosaco Chub, saliendo por la puerta de su isba, a un aldeano flaco y alto en zamarra corta y cubierto de barba, lo que demostraba que hacía más de dos semanas que no la rozaba el fragmento de hoz con que los aldeanos se afeitan normalmente la barba ante

la ausencia de navaja—. ¡Pues ahora va a haber allí una buena borrachería! —continuó Chub con una sonrisa de las que dejan los dientes al descubierto—. Así que más vale que no lleguemos tarde.

Con las mismas, Chub se colocó bien el cinturón que le ceñía la zamarra, se caló bien el gorro y sujetó con fuerza el látigo —para asustar y amenazar a los perros latosos—, pero, tras echar un vistazo a las alturas, se paró…

—Pero… ¡qué diablos! ¡Mira, Panás, mira!

—¿Qué? —dijo su compadre y también levantó la mirada.

—¿Cómo que qué? ¡La luna! ¡No está!

—¡Vaya cosa! En verdad no hay luna.

—Pues claro que no… —articuló Chub con cierto enfado ante la inalterable indiferencia de su compadre—. Vaya, parece que no te importa mucho.

—¿Qué quieres que le haga?

—Esto es obra —continuaba Chub, mientras se secaba con la manga el bigote— de algún diablo, ¡así no logre el muy perro tomarse un vaso de vodka por la mañana! En verdad, como si quisiera burlarse… Dentro he mirado a propósito por la ventana: ¡una maravilla de noche! Iluminada, la nieve brillaba bajo la luna. ¡Se veía todo como por el día! Y apenas me ha dado tiempo a salir por la puerta y, hala, ni que me hubieran sacado los ojos.

Chub siguió un buen rato refunfuñando y jurando y, al mismo tiempo, le daba vueltas a qué decisión tomar. Se moría por ir a parlotear sobre cualquier tontería a casa del salmista, donde, sin duda alguna, ya estarían el principal y el bajo forastero, y también el alquitranero Mikita, el que iba cada dos semanas a Poltava a comerciar y que contaba tales chanzas que todos los legos se descoyuntaban de la risa. Chub hasta había visto en su cabeza el vodka de especias encima de la mesa. Todo era muy tentador, cierto es; pero la oscuridad de la noche le hizo acordarse de esa pereza que tan querida es para todos los cosacos. Y lo bien que estaría echarse con las piernas recogidas en el poyo, fumar despacito una pipa y, en un sopor embriagador, escuchar las koliadki y otras canciones de los alegres mozos y mozas apiñados bajo las ventanas. Se habría decidido por esto último sin dudar de haber estado solo, pero siendo dos no era tan aburrido ni terrible andar por la noche oscura, aparte de que no quería parecer flojo o cobarde delante de nadie. Cuando se le hubieron terminado los juramentos, se dirigió de nuevo a su compadre:

—En fin, compadre, no hay luna.

—No.

—¡Asombroso, en verdad! Anda, dame tabaco que aspire. ¡Tu tabaco tiene fama, compadre! ¿Dónde lo consigues?

—¡Qué va a tener fama! —respondió el compadre mientras cerraba la tabaquera de abedul con numerosos dibujos grabados—. ¡No haría estornudar ni a una gallina vieja!

—Recuerdo —aun así siguió Chub— que el difunto figonero Zozulia me trajo una vez tabaco de Nezhin. ¡Eso sí era tabaco! ¡Qué buen tabaco! En fin, compadre, ¿qué hacemos? Porque fuera está bien oscuro.

—Quizá debamos quedarnos en casa —dijo el compadre con el agarradero de la puerta ya en la mano.

Si su compadre no hubiera dicho eso, seguramente Chub habría resuelto quedarse, pero ahora era como si algo tirara de él para hacer lo contrario.

—No, compadre, ¡iremos! Nada, hay que ir.

Nada más decirlo, ya estaba enfadado consigo mismo por haberlo hecho. Le resultaba muy antipático tener que moverse en una noche así; pero lo consoló el hecho de que, en realidad, lo hacía porque quería y no porque nadie se lo hubiera dicho.

El compadre, sin que su cara expresara ni el más mínimo movimiento de enojo, como hombre al que decididamente le daba igual quedarse en casa o salir fuera, se orientó, se rascó con el mango del zurriago los hombros, y los dos compadres se pusieron en camino.

Veamos ahora qué está haciendo, una vez sola, la bella hija. Oxana no había cumplido los diecisiete años y en casi todo el mundo —y más allá de Dikanka y también más acá de Dikanka— sólo se hablaba de ella. Los mozos proclamaban a una que nunca había habido moza mejor en la aldea, y que nunca la habría. Oxana sabía y oía todo lo que decían de ella, y era caprichosa, como toda niña bonita. Si no fuera en coloridas faldas y delantales gruesos y a cuadros, sino en alguna capeta, entonces habría ahuyentado a todas las muchachas. Los mozos solían ir tras ella casi en grupo, pero perdieron la paciencia, la fueron dejando poco a poco y dirigiéndose a otras menos mimosas. Sólo el herrero se mantenía tenaz y no había cejado en sus galanteos, a pesar de que el comportamiento de ella con él no era mejor que con los demás.

Después de que su padre se fuera, ella todavía estuvo engalanándose un buen rato y anduvo haciendo remilgos delante de un pequeño espejo con el marco de estaño, no podía parar de admirarse. «¿Cómo es que a la gente le ha dado por pregonar que soy bonita? —decía como distraída, sólo por hablar de algo consigo misma—. La gente miente, no soy nada bonita». Pero la cara que fulguró en el espejo, una cara fresca y viva con mocedad infantil, de brillantes ojos negros y sonrisa ligera e infinitamente agradable que apresaba el alma, al momento demostró lo contrario. «¿Acaso estas cejas negras y mis ojos —continuaba la bella moza sin soltar el espejo— son tan bonitos que no tienen parangón en el mundo? ¿Qué tiene de bonito esta nariz respingona? ¿Y estas mejillas? ¿Y estos labios? ¡Como si fueran bonitas mis trenzas negras! ¡Ay! Si por la noche asustan, como serpientes largas se entrelazan y enroscan alrededor de mi cabeza. Ahora lo veo: ¡no soy nada bonita! —Y, alejando un poco el

espejo, exclamó—: ¡Claro que soy bonita! ¡Huy, muy bonita! ¡Encantadora! ¡Qué alegría le daré a aquel con quien me desposen! ¡Cuánto va a admirarme mi marido! ¡Se olvidará de sí mismo! ¡Me comerá a besos!».

—¡Curiosa moza! —murmuró el herrero, que había entrado en silencio—. ¡Y poco alardea! Casi una hora lleva mirándose al espejo, y no se cansa, ¡hasta se alaba en voz alta!

«Sí, mozos, ¿seré yo vuestra pareja? Miradme, miradme —continuaba la guapa y presumida—, con qué suavidad camino; he hilado una camisa de seda rosa. ¡Y qué cintas en la cabeza! ¡En un siglo no veréis una trencilla más rica! Y todo lo compró mi padre para casarme con el mejor mozo del mundo. ¡Con el más valiente!». Y, sonriéndose, se dio la vuelta… y vio al herrero.

Lanzó un grito y, arisca, se plantó delante de él.

El herrero bajó los brazos.

Es difícil relatar qué expresaba la cara ligeramente tezada de la linda muchacha: se veía dureza y, a través de esta dureza, cierta burla por el desconcertado herrero y un color apenas perceptible de enojo corría por su cara; y todo esto se mezclaba de tal forma y era tan inexplicablemente bello que podrías darle un millón de besos…, bueno, en ese momento es lo mejor que se podía haber hecho.

—¿A qué has venido? —Es lo primero que dijo Oxana—. ¿Es que quieres que te eche a palazos? Sois todos unos maestros a la hora de venir aquí. En un santiamén olfateáis que mi padre no está en casa. ¡Ay, sí, os conozco bien! En fin, ¿mi arcón está listo?

—Estará listo, corazón mío, después de las fiestas estará listo. Si supieras lo atareado que he estado por él: dos noches sin salir de la herrería; pero, en cambio, no habrá hija de ningún pope que tenga un arcón así. He puesto hierro tal en la abrazadera como no lo puse en la tartana del sótnik cuando fui a trabajar a Poltava. ¡Y qué adornos va a tener! ¡Qué dibujos! Aunque te recorras con tus pies blanquitos todos los alrededores, ¡no encontrarás nada igual! El fondo está lleno de flores rojas y azules. ¡Brillo y luz como en un incendio! Pero… no te enfades conmigo. Déjame al menos hablar, al menos mirarte.

—¿Quién te ha prohibido nada? ¡Habla y mira!

Y se sentó en un banco y volvió a contemplarse en el espejo, empezó a colocarse las trenzas en la parte alta de la cabeza. Echó un vistazo al cuello, a la nueva camisola bordada con seda, y un tenue sentimiento de satisfacción se asomó en sus labios, en las mejillas lozanas y se hizo visible en sus ojos.

—Permíteme que me siente a tu lado —dijo el herrero.

—Siéntate —dijo Oxana, manteniendo en los labios y en los complacidos ojos el mismo sentimiento.

—Encantadora Oxana, dulce Oxana, ¡déjame que te dé un beso! —dijo el herrero, envalentonado, y la atrajo hacia sí con intención de lograr el beso; pero Oxana desvió las mejillas, que estaban ya a una distancia imperceptible de los labios del herrero, y lo apartó de un empujón.

—¿Y qué más te apetece, a ver? Ya tiene la miel, ¡y va y pide una cuchara! Largo de aquí, tus manos son más bastas que el hierro. Y hueles a humo. Creo que me has manchado de hollín.

Y se acercó el espejo y volvió a acicalarse.

«No me quiere —pensó el herrero abatido—. Todo es un juego para ella, y aquí estoy delante de ella como un tonto y sin poder apartar la vista. Y podría quedarme aquí un siglo y ¡seguiría sin apartar la vista! ¡Es tan deliciosa! ¡Qué no daría por saber qué hay en su corazón, a quién quiere! Aunque… no, si a ella le da igual a quién. Sólo tiene ojos para sí misma; me atormenta a mí, a un pobre hombre; y yo, de pena, no veo la luz. Pero… es que la quiero tanto… ni un solo hombre en el mundo ha querido ni querrá así».

—¿Es cierto que tu madre es bruja? —dijo Oxana y se echó a reír; y el herrero sintió que todo su interior se echaba a reír. Y fue como si de golpe esa risa despertara su corazón y sus venas, que se sacudieron en silencio y, con todo esto, en su alma penetró el enojo por no tener el dominio de besar la cara que reía con tanto agrado.

—¿Qué más me da a mí mi madre? Tú eres mi madre y mi padre y todo lo valioso que haya en el mundo. Si el zar me llamara y me dijera: «Herrero Vakula, pídeme cualquier cosa, lo mejor que haya en mi reino, que todo te daré. Ordenaré que te hagan una fragua de oro y herrarás con martillos de plata», yo le diría al zar: «No quiero piedras preciosas ni una fragua de oro, tampoco nada de tu reino: ¡mejor dame a Oxana!».

—¡Cómo eres! Mi padre es el único que tiene algo de cabeza. Ya lo verás, ya, cuando no se case con tu madre —dijo Oxana con una sonrisa maligna—. Y las muchachas sin venir… ¿Qué pasará? Ya hace tiempo que llegó la hora de las koliadki. Empiezo a aburrirme.

—¡Qué más da, hermosa mía!

—Claro, qué vas a decir tú. Pues vendrán con los mozos, seguro. Y habrá bailes. Ya me imagino las historias tan divertidas que van a contar.

—Entonces… ¿te diviertes con ellos?

—Más que contigo. ¡Ah! Alguien llama, seguro que son las mozas… con los mozos…

«¿A qué estoy esperando? —se dijo el herrero—. Se burla de mí. Me valora tanto como a una herradura herrumbrosa. Pero si es así, al menos no dejaré que otro se ría de mí. Como me entere de verdad de quién le gusta más que yo…, ya le voy a enseñar…».

Un golpeteo en la puerta y una voz que sonó brusca en la calle helada —«¡Abre!»— interrumpieron sus pensamientos.

—Espera, ya abro yo —dijo el herrero y salió al zaguán con intención, dado su enfado, de sacudir al primero que se encontrara.

La helada arreciaba y en las alturas el frío era tal que el diablo daba saltitos, cambiando de pezuña una y otra vez, y se soplaba los puños con el deseo de que sus manos congeladas entraran en calor de una u otra forma. No tiene nada de raro, sin embargo, que se muera de frío alguien que de sol a sol anda dando vueltas por el infierno, donde, como es sabido, no hace tanto frío como en invierno en nuestra tierra y donde, tocado con un gorro cónico y plantado delante del fogón, como si en verdad fuera un maestro cocinero, tostaba a los pecadores con tanto placer como el de nuestras mujeres cuando fríen salchichas para Navidad.

También la bruja sentía el frío, a pesar de que estaba bien abrigada; por eso, con los brazos en alto, separó un pie y, adoptando la posición de alguien que vuela en patines, sin mover ni una sola articulación, bajó por el aire como si fuera por una colina helada y… directa a una chimenea.

En el mismo orden, el diablo se lanzó tras ella. Pero como este animal es más veloz que cualquier pisaverde en calzas, no es extraño que justo a la entrada de la chimenea se chocara con el cuello de su amada y que ambos acabaran entre los pucheros de un espacioso horno.

La viajera movió despacito la portezuela, echó un vistazo no fuera que su hijo Vakula tuviera invitados y, al ver que no había nadie, excluyendo unos sacos tirados en medio de la cabaña, salió del horno, se quitó la pelliza cálida, se recolocó la ropa y nadie habría dicho que un minuto antes volaba en una escoba.

La madre del herrero Vakula no tenía más de cuarenta años de edad. No era ni bonita ni fea. Es que es difícil ser guapa a esos años. Sin embargo, se le daba tan bien cautivar a los cosacos más reposados (a los que, no está de más señalar, les daba bastante igual la belleza) que tras ella andaban el principal, el salmista Ósip Nikíforovich (si la salmista no estaba en casa, claro), el cosaco Korni Chub y el cosaco Kasián Sverbyguz. En su honor hay que decir que tenía arte para tratar con ellos. A ni uno solo se le ocurrió pensar que tenía competidores. Iba un aldeano piadoso o un noble, como se llaman los cosacos a sí mismos, en kobeniak a la iglesia un domingo o, si hacía mal tiempo, al figón, y cómo no pasar por casa de Soloja, cómo no probar su pasta rellena y grasienta y acompañarla de nata agria, cómo no charlar un rato en una isba caldeada con su dueña habladora y obsequiosa. Y el noble daba para esto un gran rodeo antes de llegar al figón y lo llamaba «pasar de camino». A veces ocurría que Soloja iba a la iglesia un día de fiesta, se ponía una falda vistosa y un delantal de seda burda y, por encima de todo, un ropón azul con cordones dorados cosidos por

detrás, y se situaba bastante cerca del coro derecho, y entonces era seguro que el salmista empezaría a toser y a girar involuntariamente la vista en esa dirección; el principal se alisaría los bigotes, se enrollaría el mechón de pelo tras la oreja y le diría al vecino que tuviera cerca: «¡Uf, qué mujer! ¡Qué endemoniada mujer!».

Soloja saludaba a todos y cada uno, y cada uno pensaba que sólo le había saludado a él. Pero un aficionado a inmiscuirse en asuntos ajenos habría notado al momento que Soloja era más amable con el cosaco Chub que con los otros. Chub era viudo; siembre había ocho hacinas de mies delante de su cabaña. Dos parejas de robustos bueyes asomaban la cabeza en el cobertizo de palos y mugían cada vez que divisaban en la calle a alguna comadre —una vaca— o a un tío —un toro recio—. Un chivo barbudo se encaramaba al tejado y desde allí hacía temblar su estridente voz, cual regidor de una ciudad, irritando a los pavos que aparecían solemnes por el patio, y colocándose de espaldas cuando divisaba a sus enemigos: los chiquillos que se burlaban de su barba. En los arcones de Chub había muchas telas, caftanes y otras prendas de abrigo con trencillas doradas: su difunta mujer era muy presumida. En el huerto, aparte de amapolas, coles y girasoles, todos los años se sembraban dos surcos de tabaco. Y Soloja no pensaba que estuviera de más unir todo esto a su hacienda, calculando de antemano qué forma tomaría cuando pasara a sus manos y duplicara su bienquerencia por el viejo Chub. Y para que su hijo Vakula no se acercara en modo alguno a la hija de él y no le diera tiempo a disponer de todo, porque entonces seguro que no dejaba que se entrometiera en nada, ella recurrió al método habitual de todas las comadres cuarentonas: hacer que Chub discutiera con el herrero cuanto más, mejor. Puede que estos ardides y sagacidades suyas tuvieran la culpa de que las viejas hubieran empezado a murmurar aquí y allá, sobre todo cuando se bebían lo que había sobrado en alguna reunioncilla alegre, que Soloja era una bruja, seguro, que el muchacho Kiziakolúpenko había visto que detrás tenía un rabo del tamaño de un huso, como poco; que no hacía ni dos jueves que había cruzado el camino convertida en un gato negro, que una vez una cerda llegó corriendo a casa de la popesa, empezó a cantar como un gallo, se puso en la cabeza el gorro del padre Kondrat y salió corriendo por donde había venido.

Sucedió que una vez que las viejas estaban hablando de esto, llegó un tal Tymish Korostiavy, un pastor de vacas. A éste no se le olvidó contar que, en verano, justo antes de San Pedro, cuando se tumbó a dormir en un establo, después de haberse colocado algo de paja debajo de la cabeza, vio con sus propios ojos cómo una bruja, con la trenza deshecha y vestida únicamente con un blusón, empezaba a ordeñar las vacas, y que él no podía moverse ni un poco, pues estaba hechizado; cuando hubo terminado de ordeñar, ella se le acercó y le untó los labios con algo tan repulsivo que después estuvo todo el día escupiendo. Pero todo esto es un poco dudoso, porque el único que puede ver a una bruja es el delegado de Soróchintsy. Así que todos los

cosacos de renombre sacudían las manos cuando oían tales historias. «¡Chismes de mujeres rabiosas!», solía ser su respuesta.

Una vez se hubo arrastrado fuera del horno y arreglado, Soloja, como buena ama, empezó a recoger y a colocar cada cosa en su sitio, pero no tocó los sacos: «Vakula los ha traído, ¡pues que también se los lleve!». Entre tanto el diablo, cuando ya estaba entrando por la chimenea, se giró por pura casualidad y vio a Chub al lado de su compadre, ya lejos de la isba. Al instante se salió del horno, corrió a cruzarse en su camino y empezó a destrozar por todos lados los montones de nieve congelada. Se levantó una ventisca. El aire se volvió blanco. La nieve se agitaba adelante y atrás como una red y amenazaba con tapar los ojos, la boca y las orejas de los caminantes. Mientras, el diablo se marchó volando a la chimenea, con la firme seguridad de que Chub se daría la vuelta con el compadre, sorprendería al herrero y le daría tal somanta que éste se quedaría mucho tiempo sin fuerzas para coger los pinceles y pintar caricaturas ofensivas.

En efecto, apenas se levantó la ventisca y el viento empezó a pincharle en los ojos, Chub manifestó su arrepentimiento y, calándose más todavía el gorro con orejeras, obsequió con maldiciones al diablo, a su compadre y a sí mismo. Por cierto que este enfado era fingido. Chub estaba muy contento de que se hubiera levantado la ventisca. Hasta casa del salmista quedaba ocho veces la distancia recorrida. Los viajeros dieron la vuelta. El viento les soplaba en la nuca, pero entre la nieve barrida no se veía nada.

—¡Espera, compadre! Me parece que no vamos bien —dijo Chub apartándose un poco—, no veo ni una sola cabaña. ¡Ay, vaya ventisca! Gira tú por ese lado, compadre, a ver si encuentras el camino; y yo mientras buscaré por aquí. ¡Tiene que ser una fuerza impura la que nos lleva a andar bajo un viento así! Y no te olvides de gritar cuando encuentres el camino. Anda que… ¡vaya montón de nieve me ha metido Satán en los ojos!

El camino, sin embargo, no se veía. El compadre, que se alejó por un lado, anduvo en sus largas botas adelante y atrás y, por fin, fue a dar directamente con el figón. Este hallazgo le dio tal alegría que se olvidó de todo y, sacudiéndose de encima la nieve, entró en el zaguán y no se preocupó en absoluto del compadre que se había quedado fuera. Mientras, a Chub le pareció que había encontrado el camino; se paró y se puso a gritar a voz en cuello, pero al ver que su compadre no aparecía, resolvió seguir solo. Tras andar un poco, vio su cabaña. Había montones de nieve cerca y en el tejado. Batiendo las manos, congeladas por el frío, se puso a llamar a la puerta y a dar voces imperiosas a su hija para que abriera.

—¿Qué se te ha perdido aquí? —gritó hosco el herrero una vez fuera.

Al reconocer la voz del herrero, Chub retrocedió un poco. «Anda, ésta no es mi cabaña —se dijo—, el herrero no entraría en mi cabaña. Aunque, si la miras bien, tampoco es la del herrero. ¿De quién será? ¡Ah, ya está! ¡No la había reconocido! Es del cojo Lévchenko, el que hace poco tomó una esposa joven. Es el único que tiene una cabaña parecida a la mía. Ya me parecía a mí que había llegado a casa muy pronto. Aunque… Lévchenko está ahora donde el salmista, eso sí lo sé, ¿qué hace aquí el herrero?… Mira tú por dónde, ha venido a ver a su joven esposa. Vaya, vaya… Así que… ¡ahora entiendo todo!».

—¿Quién eres y por qué rondas por la puerta? —dijo el herrero todavía más hosco mientras se le acercaba.

«No le voy a decir quién soy —pensó Chub—, igual va y me golpea, ¡mal nacido!», y, cambiando la voz, respondió:

—Soy yo, buen hombre. He venido a pasar un buen rato cantando un poco bajo las ventanas.

—¡Fuera de aquí tú y tus canciones! —gritó Vakula enfadado—. ¿Qué haces ahí parado? ¿No me has oído? ¡Largo de aquí, ahora mismo!

En verdad, Chub ya tenía esa sensata intención; pero le resultaba ofensivo verse obligado a cumplir las órdenes del herrero. Fue como si un espíritu maligno le tirara del brazo y le obligara a decir algo en contra:

—Pero ¿por qué das tantos gritos? —dijo con la misma voz—. Sólo quiero cantar koliadki, ¡nada más!

—Bueno, está claro que contigo no sirven las palabras… —Y a continuación Chub sintió un golpe doloroso en el hombro.

—¡Pero qué…! Ya veo, quieres empezar una pelea —dijo retrocediendo un poco.

—¡Largo, largo! —gritaba el herrero recompensando a Chub con otro empujón.

—Pero ¿qué haces? —dijo Chub con una voz en la que se reflejaba dolor, enfado y vacilación—. Ya veo que no golpeas de broma, ¡pues sí que duelen tus golpes!

—¡Largo, largo! —gritó el herrero y cerró dando un portazo.

—Vaya con el valiente —dijo Chub cuando se hubo quedado solo en la calle—. Sí, sí, ven, acércate. ¡Y verás quién soy! ¡Qué aires se da! ¿Te crees que no voy a llevarte al tribunal? Para nada, joven, me voy directo a ver al comisario. ¡Vas a saber quién soy! Y no voy a mirar si eres herrero o pintor. Aunque sí voy a mirarme la espalda y los hombros, creo que tengo manchas moradas. Ha tenido que golpear con fuerza, ¡hijo del diab…! Pena que haga frío y no apetezca quitarse la pelliza. Pero, espera, herrero del demonio, así el diablo te tunde, a ti y a tu fragua, ¡ya apretaré yo las cuerdas, ya! ¡Maldito gusano! Aunque como ahora no está en casa… Soloja estará sola, claro. Hum…, y no está muy lejos de aquí, podría acercarme. Con este tiempo nadie nos sorprenderá. Quizá incluso pueda… Huy, ¡qué daño me ha hecho ese maldito herrero!

Y entonces Chub, rascándose la espalda, echó a andar hacia el otro lado. La dulzura que lo esperaba ahora, en su encuentro con Soloja, redujo un poco el dolor y lo volvió insensible al hielo que crujía en todas las calles, que no lo ahogaba ni el silbido de la ventisca. Por momentos, en su cara, cuya barba y bigotes la nevada había enjabonado de nieve con más destreza que cualquier barbero que agarra cual tirano la nariz de su víctima, aparecía una expresión semidulce. Aun así, si la nieve no trazara cruces delante de los ojos, todavía durante un buen rato se podría haber visto a Chub parándose, rascándose la espalda, diciendo: «¡Qué daño me ha hecho ese maldito herrero!», y echar a andar de nuevo.

En el rato en que el diestro pisaverde con rabo y barba de chivo voló fuera de la chimenea y luego regresó a ésta, la cacerina que llevaba cruzada en un costado, y donde había escondido la luna robada, se enganchó en el horno de casualidad y, a saber cómo, se abrió; la luna aprovechó la ocasión: salió volando por la chimenea de la cabaña de Soloja y, suavemente, ascendió por el cielo. Todo se iluminó. Era como si no hubiera ventisca. La nieve se encendió en el amplio campo plateado y todo se cubrió de estrellas cristalinas. La helada pareció suavizarse. Los muchachos y las mozas con sus sacos surgieron de tropel. Resonaron las canciones y cerca de las escasas cabañas no llegaban a apiñarse los cantarines.

¡Qué prodigio el brillo de la luna! Es difícil de contar lo agradable que es andar arriba y abajo en un tropel de mozas que ríen y cantan y en medio de muchachos dispuestos a toda clase de bromas y ocurrencias, esas que sólo puede inspirar una noche de risas alegres. Bajo las gruesas zamarras se estaba bien; el frío hacía brillar con más fuerza las mejillas, y el mismísimo Astuto los empujaba a hacer travesuras.

Unas muchachas con sacos irrumpieron de tropel en la cabaña de Chub, rodearon a Oxana. Los gritos, las carcajadas y los cuentos aturdieron al herrero. Todos se apresuraban a porfía en contar a la niña bonita algo nuevo, vaciaban los sacos y hacían gala de panecillos, embuchados y pasta rellena, pues ya habían reunido bastante mientras cantaban. Oxana parecía estar realmente encantada y feliz, hablaba ya con una, ya con otra y no paraba de reír a carcajadas. El herrero contemplaba con cierto enojo y envidia esa alegría y por una vez maldijo las koliadki, aunque solían gustarle con locura.

—¡Huy, Odarka —dijo la alegre niña bonita dirigiéndose a una de las muchachas—, si tienes botines nuevos! ¡Ay, qué bonitos! ¡Y con dorados! Qué bien te va, Odarka, que tienes un hombre que te compra todo esto; y yo no tengo quien me consiga unos botines tan lindos.

—No te aflijas, mi encantadora Oxana —aprovechó el herrero—, yo te conseguiré tales botines como pocas señoritas llevan.

—¿Tú? —dijo Oxana lanzándole una mirada rápida y arrogante—. Voy a ver dónde puedes conseguirme unos botines que sólo yo pueda llevar. ¿Acaso me traerías los mismos que lleva la zarina?

—¡Anda los que quiere! —gritó entre risas el grupo de muchachas.

—Eso es —continuó orgullosa la niña bonita—, sois todas testigos: si el herrero Vakula me trae los mismos botines que lleva la zarina, tenéis mi palabra de que me casaré al instante con él.

Las muchachas se llevaron de allí a la caprichosa bonita.

—¡Ríe, ríe! —dijo el herrero saliendo tras ellas—. ¡Si yo también me río de mí! No sé en qué estaba pensando, dónde tenía la cabeza. No me quiere…, bueno, ¡allá ella! Ni que sólo existiera Oxana en este mundo. Gracias a Dios, en la aldea hay muchas mozas bonitas aparte de ella. Y, además, Oxana… nunca será una buena ama; sólo es maestra de atavíos. Se acabó, ya es hora de dejar de hacer el tonto.

Pero en el mismo momento en que el herrero se disponía a ser resolutivo, algún espíritu maligno le colocó delante una imagen risueña de Oxana que le decía burlona: «¡Herrero, consígueme los botines de la zarina y me casaré contigo!». Todo él se agitó y ya sólo podía pensar en una cosa: en Oxana.

El tropel de cantarines, los mozos por un lado, las muchachas por otro, se atropellaban de calle en calle. Pero el herrero andaba sin ver nada y sin participar en esos divertimentos que en tiempos le gustaban más que a nadie.

El diablo, mientras, le dedicaba ternuras muy serias a Soloja: le besaba la mano con los mismos gestos del delegado a la popesa, se llevó la mano al corazón, dejó escapar un suspiro y dijo sin rodeo alguno que, si no accedía a satisfacer su pasión y a recompensarlo como es debido, estaba dispuesto a todo: a lanzarse al agua, a enviar su alma directa al horno del infierno. Soloja no era tan desalmada y, además, el diablo y ella hacían causa común, bien es sabido. Le gustaba bastante tener a la gente arrastrándose tras ella y pocas veces estaba sin compañía; esa tarde, sin embargo, pensaba que la iba a pasar sola, porque a todos los habitantes de renombre de la aldea los habían invitado a kutiá en casa del salmista. Pero las cosas salieron de otra manera: el diablo no había hecho más que exponer sus pretensiones, cuando de pronto se oyó la voz del robusto principal. Soloja corrió a abrir la puerta y el diestro diablo se metió en uno de los sacos que había en el suelo.

El principal, una vez se hubo sacudido la nieve del gorro y de las orejeras y bebido una copita de vodka que le ofreció Soloja, le contó que no había ido a casa del salmista porque se había levantado ventisca; y que al ver luz en su cabaña, se acercó con la intención de pasar la velada con ella.

No había terminado de hablar el principal, cuando llamaron a la puerta y se sintió la voz del salmista.

—Escóndeme donde sea —susurró el principal—. No quiero encontrarme con el salmista.

Soloja pensó un buen rato dónde esconder a un invitado tan recio; al final eligió el saco más grande de carbón; vació el carbón en una tina y el robusto principal se metió en el saco con sus bigotes, su cabeza y su gorro con orejeras.

El salmista entró gimoteando y restregándose las manos y dijo que en su casa no había nadie y que se había alegrado de corazón por esa oportunidad de divertirse un poco con ella y que la ventisca no lo había asustado. Y entonces se acercó más a ella, soltó una tosecita, una sonrisita maliciosa, sus largos dedos tocaron la mano desnuda y regordeta de ella y dijo con un aire en que podía leerse astucia y presunción:

—Vaya, ¿qué tiene aquí, mi admirable Soloja? —Una vez dicho esto, retrocedió un poco.

—¿Cómo que qué tengo? ¡Una mano, Ósip Nikíforovich! —respondió Soloja.

—Hum… ¡Una mano! Je, je, je… —dijo sinceramente satisfecho de este inicio el salmista, y se puso a recorrer la estancia.

—¿Y qué tiene aquí, queridísima Soloja? —dijo con el mismo aire, tras acercarse a ella de nuevo y sujetarle suavemente el cuello para, de la misma forma, dar un salto atrás.

—¡Como si no lo viera, Ósip Nikíforovich! —respondió Soloja—. Un cuello y, en el cuello, una gargantilla.

—Hum… ¡Una gargantilla en el cuello! Je, je, je… —Y el salmista volvió a recorrer la estancia frotándose las manos.

—¿Y qué tiene aquí, sin par Soloja?… —Y no sabemos qué iban a tocar ahora los dedos largos del salmista, pues de pronto se oyó una llamada en la puerta y la voz del cosaco Chub.

—¡Ay, Dios, un extraño! —gritó asustado el salmista—. ¿Qué va a pasar si sorprenden a una persona de mi condición?… ¡Se enterará el padre Kondrat!

Pero los temores del salmista eran de otra clase: lo que más temía era que se enterara su cara mitad, cuya terrible mano ya de por sí hacía que la gruesa coleta de él se volviera bien finita.

—Por el amor de Dios, virtuosa Soloja —dijo con temblores en todo el cuerpo—. Bondad, como dicen las escrituras de Lucas capítulo trec…, tre… Están llamando, ¡en verdad, llaman! ¡Ah, escóndame donde sea!

Soloja vació el carbón de otro saco en la tina y el no muy voluminoso salmista se metió dentro y se sentó en el fondo, de forma que por encima de él se podía echar como medio saco de carbón.

—¡Hola, Soloja! —dijo Chub entrando en la cabaña—. Puede que no me esperaras, ¿no? Cierto, ¿no me esperabas? ¿No te molesto…? —continuó Chub mostrando en la cara ese gesto tan suyo alegre y expresivo, que permitía saber de antemano que su

torpona cabeza se afanaba y preparaba para soltar alguna broma mordaz e ingeniosa—. Puede que estuviera entretenida con alguien… Puede que tengas a alguien escondido, ¿eh?… —Y, encantado con su comentario, Chub se echó a reír, celebrando internamente ser el único que gozaba de la bienquerencia de Soloja—. Anda, Soloja, dame algo de vodka, que beba. Creo que se me ha congelado la garganta con este maldito hielo. ¡Mira que enviar Dios una noche así justo antes de la Navidad! Cómo se levantó, sabes, Soloja, cómo se levantó… Mira, tengo las manos petrificadas: ¡no puedo ni desabrocharme la pelliza! Qué ventisca se levantó…

—¡Abre! —resonó una voz en la calle, acompañada de un golpetazo a la puerta.

—Alguien llama —dijo Chub interrumpiéndose.

—¡Abre! —gritaron más fuerte que antes.

—¡El herrero! —dijo Chub agarrando su gorro—. Mira, Soloja, escóndeme donde quieras; por nada del mundo quiero verme delante de ese monstruo, ¡así le salga debajo de cada ojo un orzuelo tan grande como una gavilla a ese hijo de…!

Soloja, asustada ella también, se movía como loca y, completamente despistada, le hizo una señal a Chub para que se colara en el mismo saco donde ya estaba el salmista. El pobre salmista no se atrevió a manifestar su dolor ni con una tos o un ay cuando casi en la cabeza se le sentó un aldeano pesado y le plantó las botas cubiertas de hielo a ambos lados de las sienes.

El herrero entró sin decir ni una palabra, sin quitarse el gorro y prácticamente se derrumbó en el banco. Se notaba que no estaba de muy buen humor.

En ese momento Soloja iba a cerrar la puerta tras él, pero alguien volvió a llamar. Era el cosaco Sverbyguz. A éste ya no se le podía esconder en un saco, porque un saco tal no había quién lo encontrara. Era más corpulento que el principal y más alto que el compadre de Chub. Y por eso Soloja lo sacó al huerto, para escuchar aquí todo lo que él quisiera anunciar.

El herrero observó distraído los rincones de su cabaña, de vez en cuando prestaba atención a las koliadki que se propagaban a lo lejos; finalmente su mirada se paró en los sacos: «¿Qué hacen aquí estos sacos? Hace tiempo que había que habérselos llevado. Me he alelado con ese estúpido amor. Mañana es fiesta y en la cabaña hay toda clase de porquerías. ¡Llévalas a la fragua!».

Así que el herrero se puso en cuclillas junto a los enormes sacos, los ató bien fuerte y se dispuso a cargárselos al hombro. Pero estaba claro que sus pensamientos andaban Dios sabrá dónde, de lo contrario habría escuchado el gruñido de Chub cuando la cuerda con la que había hecho el nudo al saco le pilló los pelos de la cabeza, y los hipidos bastante evidentes que había empezado a soltar el robusto principal.

—¿Será posible que haya perdido el juicio por alguien tan impropio como Oxana? —decía el herrero—. No quiero pensar en ella; pero no hago más que pensar en ella y,

ni hecho a propósito, sólo en ella. ¿Cómo será que el pensamiento se me mete en la cabeza en contra de mi voluntad? ¡Qué diablos! Pero ¡si los sacos parecen más pesados que antes! Aquí debe de haber algo más que carbón. ¡Soy lelo! Estoy tan dejado que todo me parece más pesado. Antes solía doblar y desdoblar con una sola mano una moneda de cobre y una herradura de caballo y ahora… ni levantar sacos de carbón puedo. Muy pronto me tumbará el viento. ¡No! —soltó un grito tras un rato de silencio y de cobrar ánimo—, ¿acaso soy una mujer? ¡No dejaré que nadie se ría de mí! Aunque sean diez sacos así, podré con todos. —Y de buen ánimo se cargó a la espalda unos sacos con los que no habrían podido dos personas robustas—. Voy a llevarme éste también —continuó mientras levantaba uno pequeño en cuyo fondo estaba encogido el diablo—. Creo que en éste es donde puse la herramienta. —Una vez dicho esto, salió de la cabaña silbando una canción:

Para la esposa no tengo tiempo…

Las canciones y gritos en la calle resonaban cada vez con más fuerza. Los tropeles de gente dando vueltas habían aumentado con los llegados de las aldeas vecinas. Los mozos hacían pillerías, metían bulla hasta hartarse. A veces, entre una koliadka y otra, se oía alguna cancioncilla alegre que justo acababa de componer alguno de los cosacos jóvenes. O, de pronto, alguien de entre el gentío en lugar de una koliadka lanzaba una canción de Año Nuevo y rugía a voz en cuello:

Para el Nuevo Año
dame de comer,
un plato de grano
y carne hasta doler.

Al que había tenido la ocurrencia se le recompensaba con carcajadas. Las pequeñas ventanas se alzaban y el brazo enjuto de una anciana —las únicas que, junto con los padres reposados, se habían quedado en las isbas— se asomaba por la ventana con embuchados o con un trozo de empanada en la mano. Los mozos y las muchachas se apartaban unos a otros para acercar los sacos y atrapar el botín. Una de las veces los mozos, llegando por todas partes, rodearon a un tropel de muchachas: ruido, gritos, uno tiró una bola de nieve, otro se hizo con un saco con toda suerte de cosas. En otro sitio las muchachas atraparon a un mozo, le pusieron la zancadilla y éste y su saco se precipitaron al suelo. Parecía que estaban dispuestos a pasar toda la noche sin parar de divertirse. Y la noche, como a propósito, ardía débil y maravillosamente. También la luz de la luna parecía más blanca por el brillo de la nieve.

El herrero y sus sacos se detuvieron. Le había parecido oír la voz y la fina risa de Oxana entre el grupo de muchachas. Todas sus venas se estremecieron; lanzó al suelo los sacos de tal forma que el salmista, que estaba en el fondo, se quejó magullado y el

principal hipó con mucha fuerza, y con el saco pequeño al hombro se mezcló con el tropel de mozos que iban detrás del tropel de mozas, entre las que había sentido la voz de Oxana.

«Ahí está, ¡es ella! De pie como una reina, ¡cómo brillan sus ojos negros! Un mozo de buena presencia le está contando algo; y debe de ser divertido, porque ella se está riendo. Pero ella siempre se ríe». Como sin querer, sin comprender cómo, el herrero se deslizó entre la multitud y se plantó cerca de ella.

—¡Anda, Vakula, si estás aquí! ¡Hola! —dijo la niña bonita con esa misma sonrisa maliciosa que por poco no vuelve loco a Vakula—. Qué, ¿has cantado mucho? Huy, ¡qué saco más pequeño! ¿Y los botines que lleva la zarina? ¿Me los has conseguido? Consigue los botines y me caso contigo. —Y entre risas salió corriendo con el gentío.

Como si estuviera pegado a la tierra, el herrero se quedó en el sitio. «No, no puedo, ya no tengo fuerzas… —dijo al fin—. Pero, Dios mío, ¿cómo puede ser tan diabólicamente bonita? Su mirada, su habla, todo…, ay, cómo escuece, cómo escuece… No, es superior a mí, no puedo superarlo. Es hora de poner fin: que se pierda mi alma, iré a ahogarme a un agujero en el hielo y ¡nunca más se sabrá de mí!».

Y avanzó con paso decidido, alcanzó al tropel, se colocó a la altura de Oxana y dijo con voz dura:

—¡Hasta siempre, Oxana! Búscate al novio que quieras, búrlate de quien quieras, a mí ya no me verás más en este mundo.

La niña bonita pareció sorprenderse, quiso decir algo, pero el herrero hizo un gesto con la mano y salió corriendo.

—¿Dónde vas, Vakula? —gritaron los mozos al ver correr al herrero.

—¡Hasta siempre, hermanos! —gritó el herrero como respuesta—. Quiera Dios que nos veamos en el otro mundo, pues en éste ya no vamos a divertirnos juntos. ¡Hasta siempre, no me guardéis rencor! Decidle al padre Kondrat que diga una misa por mi alma pecadora. No he pintado las velas en los iconos del Creador y de la Madre de Dios por asuntos mundanos, ay, pecador. ¡Todos los bienes que encontréis en mi arca son para la iglesia! ¡Hasta siempre!

Habiendo dicho esto, el herrero echó de nuevo a correr con el saco a la espalda.

—¡Se ha vuelto loco! —dijeron los mozos.

—¡Un alma perdida! —musitó piadosa una anciana que pasaba por allí—. Tengo que contar que el herrero se ha ahorcado.

Vakula, mientras, después de atravesar corriendo varias calles, se paró a tomar aliento. «En realidad, ¿dónde voy tan corriendo? —pensó—. Ni que ya estuviera todo perdido. Voy a probar otro remedio, iré a ver al Panzudo Patsuk, el zaporogo. Dicen que conoce a todos los diablos y que hace todo lo que quiere. Iré, ¡mi alma ya se ha echado a perder!».

Al oírlo, el diablo que estuvo todo este tiempo en el saco sin hacer el más mínimo movimiento, dio un salto de alegría; pero el herrero, pensando que se le había enganchado el saco en el brazo y que él mismo lo había movido, lo golpeó con su robusto puño y, sacudiéndolo para colocárselo bien en los hombros, marchó a ver al Panzudo Patsuk.

Este Panzudo Patsuk en efecto fue una vez zaporogo, pero lo habían expulsado o puede que él mismo escapara de Zaporozhie, esto es algo que nadie sabe. Hace mucho, unos diez años, incluso puede que quince, que vivía en Dikanka. Al principio vivió como un zaporogo auténtico: no trabajaba, dormía tres cuartas partes del día, comía por seis segadores y bebía de un tirón casi un cubo entero; tenía dónde meterlo, por cierto, porque Patsuk, a pesar de no ser muy alto, sí era muy pesado a lo ancho. Además, los pantalones abombados que vestía eran tan anchos que, por muy grandes que diera los pasos, nunca se le distinguían los pies, así que parecía una tina destiladera moviéndose por la calle. Puede que esto diera motivo para que lo llamaran Panzudo. Habían pasado sólo unos pocos días de su llegada a la aldea y ya todos sabían que era adivinador. Sucedía que alguien se ponía enfermo y al momento llamaba a Patsuk, y éste no tenía más que susurrar unas palabras y el achaque se iba como por encanto. O también se dio que un noble hambriento se atragantó con una raspa de pescado, y Patsuk supo golpear con tal maestría la espalda que la raspa se dirigió donde le correspondía, sin causar ningún daño a la noble garganta. En los últimos tiempos era raro verlo en algún sitio. La causa podía ser la pereza, o también que cada año le costaba más pasar por las puertas. Así que, en caso de necesidad, eran los legos quienes debían ir a verlo.

El herrero, no sin timidez, abrió la puerta y vio a Patsuk sentado en el suelo a la turca delante de una tina no muy grande en la que había una fuente con sopa y bolitas de masa. Como a propósito, la fuente estaba al mismo nivel que su boca. Sin mover ni un dedo, inclinaba ligeramente la cabeza sobre la fuente y sorbía el líquido, atrapando de vez en cuando con los dientes alguna bolita.

«Huy, éste es todavía más perezoso que Chub —pensó Vakula—; al menos el otro come con cuchara, pero éste…, ¡éste no quiere ni mover los brazos!».

Patsuk debía de estar realmente ocupado con la comida porque, al parecer, no reparó en la llegada del herrero, quien, cruzando apenas el umbral, le dedicó una profunda reverencia.

—He venido a implorar tu favor, Patsuk —dijo Vakula, inclinándose de nuevo.

El gordo Patsuk levantó un momento la cabeza y volvió a tragar comida.

—Dicen que tú…, y no vayas a enfadarte —dijo el herrero, recobrando el ánimo—, no saco el tema para causarte ninguna ofensa…, dicen que tienes cierto parentesco con el diablo.

Según pronunciaba las palabras, Vakula se asustó, pues pensó que se había expresado sin rodeo alguno, que apenas había suavizado unas palabras tan ásperas y, esperando que Patsuk agarrara la tina y la fuente y se las tirara a la cabeza, se apartó un poco y se cubrió con la manga para que el líquido caliente no le salpicara la cara.

Pero Patsuk levantó la vista sólo un momento y se puso a comer otra vez. El herrero, que se sentía aprobado, decidió seguir:

—He venido a verte, Patsuk, y quiera Dios que tengas de todo, bienes suficientes de toda clase, grano en proporción. —El herrero a veces sabía intercalar palabras de moda; había adquirido este hábito en sus tiempos en Poltava, mientras pintaba la cerca de madera del sótnik—. ¡Estoy abocado a perderme, yo, pecador! ¡Nada de este mundo puede ayudarme! Lo que tenga que ser, será, me veo obligado a pedir ayuda al mismísimo diablo. ¿Qué hago, Patsuk? —dijo el herrero ante su silencio inmutable—. ¿Qué tengo que hacer?

—¿Te hace falta el diablo? Pues anda y vete al diablo —respondió Patsuk, sin alzar la vista y sin parar de atrapar bolitas.

—Por eso es por lo que he venido a verte —respondió el herrero con otra reverencia—, aparte de ti, creo que nadie en este mundo conoce el camino para llegar a él.

Sin decir palabra, Patsuk se terminó las bolitas que quedaban.

—¡Tenga la bondad, buen hombre! ¡No te niegues! —rogaba el herrero—. Cerdo, embuchados, harina de alforfón, bueno, y telas, mijo u otra cosa, en caso de que lo necesites…, como es habitual entre las buenas gentes…, no vamos a andarnos con cicaterías. Cuéntame al menos, dime más o menos cómo ponerme en su camino.

—No tiene que ir muy lejos aquel que lleva al diablo a la espalda —dijo Patsuk con indiferencia sin cambiar de posición.

Vakula lo miró fijamente como si Patsuk tuviera escrito en la frente la explicación a esas palabras. «¿Qué está diciendo?», decía su expresión, pero en silencio; y su boca semiabierta estaba dispuesta a devorar, como si fueran bolitas, la primera palabra que dijera. Pero Patsuk guardaba silencio.

Entonces Vakula reparó en que allí delante no había ni bolitas ni tina; en cambio sí había en el suelo dos fuentes de madera: una estaba llena de pasta rellena, la otra, de nata agria. Sus pensamientos y sus ojos se dirigieron sin querer a la comida. «A ver cómo se toma Patsuk eso. Seguro que no tiene ganas de agacharse para comérselo como las bolitas, además no puede: primero hay que mojar la pasta en la nata».

No había terminado casi de pensarlo, cuando Patsuk abrió muchísimo la boca, miró la fuente de pasta y abrió con más fuerza la boca. En ese momento una porción se derramó de la fuente, chapoteó en la nata, se dio la vuelta, saltó y cayó justamente en la boca de Patsuk. Éste se lo comió y volvió a abrir bien la boca y otra porción tomó el mismo camino. Su única responsabilidad era masticar y tragar.

«¡Qué cosa tan prodigiosa!», pensó el herrero con la boca abierta de asombro y, al momento, sintió que una porción se le colaba en la boca y le embadurnaba de nata los labios. Una vez hubo apartado la comida y limpiado los labios, el herrero empezó a reflexionar sobre los prodigios que se dan en el mundo y a qué sabiduría conduce al hombre la fuerza impura; además, se dio cuenta de que Patsuk era el único que podía ayudarlo. «Volveré a inclinarme ante él, que se explique en condiciones… Aunque… ¡qué diablos! Hoy es día de ayuno y de kutiá y él está comiendo pasta… ¡con carne y con leche! ¿Qué clase de tonto soy que me quedo aquí acumulando pecados? ¡Atrás!». Y el piadoso herrero salió a todo correr de la cabaña.

Sin embargo, el diablo, metido en el saco y que se había alegrado antes de tiempo, no fue capaz de soportar que se le escapara de las manos un botín tan célebre. En cuanto el herrero soltó el saco, salió de él y se le encaramó al cuello.

El frío arañaba la piel del herrero; asustado y pálido, no sabía qué hacer, ya iba a santiguarse… Pero el diablo inclinó su jeta de perro y le dijo al oído derecho:

—Soy yo, tu amigo, y hago de todo por un camarada y amigo. Te daré todo el dinero que quieras —le soltó en el oído izquierdo—. Hoy mismo Oxana será nuestra —cuchicheó llevando de nuevo la jeta al oído derecho.

El herrero se paró a meditar.

—Sea —dijo al fin—, ¡por ese precio estoy dispuesto a ser tuyo!

El diablo levantó los brazos y, de alegría, empezó a galopar sobre el cuello del herrero. «¡Ya te tengo, herrero! —pensó—. Ahora podré vengarme, bonito mío, por todas tus pinturas y las infamias que has levantado contra los diablos. ¿Qué dirán mis colegas cuando se enteren de que el hombre más devotísimo de toda la aldea ha caído en mis manos?». Y el diablo se echó a reír de puro contento al pensar en cómo se iba a poner la tribu rabuda, en cómo iba a rabiar el diablo cojo, considerado entre ellos el primero en ocurrencias.

—Bueno, Vakula —pio el diablo sin llegar a bajarse del cuello, como temiendo que se le pudiera escapar—, ya sabes que sin contrato no se hace nada.

—¡Estoy listo! —dijo el herrero—. He oído que entre vosotros se firma con sangre; dame un momento, que saco un clavo del bolsillo. —Echó el brazo para atrás y… atrapó al diablo por el rabo.

—¡Mira qué bromista! —gritó el diablo riéndose—. Bueno, ya está bien, ¡vale ya de travesuras!

—¡Espera, amiguito! —gritó el herrero—. A ver qué te parece esto. —Y, con las mismas, hizo la señal de la cruz; el diablo se volvió tan calmo como un corderito—. Espera, espera —dijo mientras lo arrastraba por la tierra tirándole del rabo—, ¡ya te voy a decir yo cómo tienes que enseñar a pecar a las buenas gentes y a los cristianos honrados! —Y aquí el herrero, sin soltar el rabo, saltó encima de él y subió el brazo para hacer la señal de la cruz.

—¡Compasión, Vakula! —gimió lastimero el diablo—. Todo lo que necesites, todo lo haré, pero deja tranquila a mi alma, ¡no me hagas la terrible cruz!

—¡Mira con qué voz me cantas ahora, maldito alemán! Ahora ya sé qué hacer. ¡Llévame ahora mismo! ¿Me oyes? ¡Llévame como si fueras un pájaro!

—¿A dónde? —dijo el afligido diablo.

—¡A Petemburgo! ¡A ver a la zarina!

Y el espanto aturdió al herrero cuando sintió que lo subían por los aires.

Oxana llevaba largo rato pensando en las extrañas palabras del herrero. En su interior algo le decía que su proceder con él había sido demasiado cruel. ¿Y si en verdad se decidía a hacer algo terrible? «¡Ay, Dios! ¿Puede que la pena lo lleve a enamorarse de otra y el enfado le haga decir que esa otra es la más bella de la aldea? No, no, él me quiere. ¡Soy tan bonita! No me cambiará por nada; está jugando, fingiendo. No pasarán ni diez minutos y seguro que viene a contemplarme. Bueno, sí, he sido dura. Necesita que le deje besarme, así, como si fuera de mala gana. ¡Seguro que se alegra!». Y la voluble niña bonita ya estaba de broma con sus amigas.

—Esperad —dijo una de ellas—, al herrero se le han olvidado los sacos. ¡Mirad qué sacos tan formidables! No son como los nuestros de las koliadki, creo que han echado un cuarto de cordero en cada uno; e incontables embuchados y panes. ¡Qué riqueza! Puede uno hartarse a comer todas las fiestas.

—¿Son los sacos del herrero? —Oxana aprovechó la ocasión—. Rápido, vamos a llevarlos a mi cabaña a ver bien con qué los ha llenado.

Las risas de todas aprobaron esta propuesta.

—Pero… ¡no vamos a poder con ellos! —empezaron a gritar en tropel mientras hacían esfuerzos por moverlos.

—Esperad —dijo Oxana—. Vamos corriendo por un trineo, ¡los llevaremos así!

Y el tropel echó a correr en busca de un trineo.

Los prisioneros estaban muy aburridos dentro de los sacos, a pesar de que el salmista había conseguido hacer con el dedo un desgarrón pasadero. Si no hubiera habido gente, quizá habría encontrado una forma de salir; pero salir del saco delante de todos, ofrecerse así a las burlas… es lo que lo retenía, y resolvió esperar gimoteando, eso sí, de vez en cuando bajo las descorteses botas de Chub. Éste no deseaba menos la libertad, pues sentía que estaba sentado encima de algo terriblemente incómodo. Pero en cuanto escuchó la decisión de su hija, se tranquilizó y ya no quiso salir, con razón, pues hasta su cabaña debían de quedar al menos un centenar de pasos, puede que dos. Si salía ahora, tendría que arreglarse, abrocharse la pelliza, atarse bien el cinturón… ¡cuánto trabajo! Además, el gorro y las orejeras se habían quedado donde Soloja. Mejor será que las mozas lo lleven en trineo. Pero sucedió de forma muy distinta a lo que esperaba Chub. Mientras las mozas corrían a

buscar el trineo, el compadre enjuto salió del figón disgustado y de mal humor. La figonera no se había decidido en modo alguno a fiarle; él iba a quedarse esperando, no fuera a llegar por ventura algún noble piadoso que lo invitara; pero, ni hecho a propósito, todos los nobles se habían quedado en casa y, como cristianos honrados, tomaban kutiá rodeados de los suyos. Mientras le daba vueltas a cómo se echaban a perder las costumbres y a que la judía que vendía el vino tenía el corazón de madera, el compadre tropezó con los sacos y se paró sorprendido.

—Huy, ¡vaya sacos ha tirado alguien en medio del camino! —dijo mirando a un lado y a otro—. Aquí tiene que haber un cerdo, seguro. ¡Vaya suerte el que ha cantado y logrado toda esta suerte de cosas! ¡Vaya sacos formidables! Pongamos que están llenos de pan de alforfón o de tortitas, pues muy bien. Aunque sólo hubiera panecillos, también me habría tocado la china: por cada uno, media cuarta de vodka me dará la judía. Hay que llevárselos cuanto antes, que nadie los vea. —Se cargó al hombro el saco con Chub y el salmista, pero sintió que era demasiado pesado—. Pesa mucho para uno solo…, oh, ni hecho aposta, por ahí va el tejedor Shapuválenko. ¿Qué tal, Ostap?

—¡Hola! —dijo el tejedor parándose.

—¿Dónde vas?

—Voy, sin más, voy donde van mis pies.

—Ayúdame, buen hombre, a llevar estos sacos. Alguien ha estado de koliadki y los ha tirado en medio del camino. Lo repartiremos por la mitad, como buenos amigos.

—¿Unos sacos? ¿Y qué tienen estos sacos, panes grandes o pequeños?

—Creo que de los dos.

Rápidamente arrancaron unas varas de un zarzo, colocaron en ellas el saco y se lo cargaron a los hombros.

—¿Dónde lo llevamos? ¿Al figón? —preguntó el tejedor por el camino.

—Es lo que había pensado, ir al figón; pero esa maldita judía no creo que se fíe, se pensará que lo hemos robado por ahí, y justo vengo de ahí. Vamos a llevarlo a mi cabaña. Allí no nos molestará nadie. Mi mujer no está.

—¿Seguro que no está en casa? —preguntó el precavido tejedor.

—Gracias a Dios, todavía no estamos locos —dijo el compadre—, tendría que llevarme el diablo allá donde esté ella. Creo que andará con las mujeres hasta bien tarde.

—¿Quién anda ahí? —gritó la mujer del compadre al oír ruido en el zaguán, ruido provocado por la llegada de los dos amigos y del saco, y abrió la puerta.

El compadre se quedó de piedra.

—¡Tómate ésa! —dijo el tejedor bajando los brazos.

La mujer del compadre era de esa clase de tesoros de los que abunda el mundo. Al igual que su marido, casi nunca se quedaba en casa y casi todo el día andaba por ahí

con las comadres y las viejas de vida desahogada, celebraba y comía con gran apetito y se peleaba con su marido sólo por las mañanas, porque era el único momento en que a veces lo veía. Su cabaña estaba el doble de vieja que los pantalones abombados del escriba del vólost, al tejado le faltaba paja aquí y allá. Del zarzo sólo quedaban restos, porque todo aquel que salía de casa nunca cogía palos para los perros: tenía la esperanza de pasar al lado del huerto del compadre y arrancar alguno de su zarzo. El horno no se encendía antes de las tres de la tarde. Cualquier cosa que la dulce esposa pedía y repedía a las buenas gentes, lo escondía lo más lejos posible de su marido, y muchas veces le quitaba porque sí el botín a él, si es que a éste no le había dado tiempo a bebérselo en el figón. Al compadre, a pesar de su habitual indiferencia, no le gustaba ceder ante ella, por eso casi siempre se marchaba de casa con cardenales debajo de ambos ojos, y su cara mitad se arrastraba entre ayes a contarle a las viejas las tropelías de su marido y los golpes que le tocaba soportar.

Y ahora puede uno imaginarse lo desconcertados que estaban el tejedor y el compadre ante tal inesperada aparición. Soltaron el saco, lo cambiaron por ellos mismos y lo ocultaron con los faldones. Pero era tarde: aunque los ojos viejos de la mujer del compadre no es que vieran muy bien, sí que repararon en el saco.

—¡Huy, qué bien! —dijo con semblante tal que se notaba en él la alegría de un azor—. ¡Qué bien que hayáis conseguido tanto yendo de koliadki! Es lo que hacen siempre las buenas gentes, aunque creo que no, creo que vosotros lo habéis pescado por ahí. ¡Enseñádmelo ahora mismo! ¿Me oís? ¡Enseñadme ahora mismo el saco!

—Anda y que te lo enseñe un diablo pelado —dijo con mucho gallo el compadre.

—¿A ti qué te importa? —dijo, por su parte, el tejedor—. Las koliadki las hemos cantado nosotros, no tú.

—¡Me lo vas a enseñar tú, borracho inútil! —gritó la mujer golpeando con el puño la barbilla del alto compadre y abriéndose camino hasta el saco.

Pero el tejedor y el compadre defendieron el saco con valentía y la obligaron a retroceder. Pero no les había dado tiempo a recobrarse y la mujer ya estaba saliendo de nuevo al zaguán, esta vez con el hurgón en las manos. Con destreza asestó un golpe a su marido en las manos, otro al tejedor en la espalda y ya estaba junto al saco.

—¿Cómo es que se lo hemos permitido? —dijo el tejedor cuando hubo vuelto en sí.

—¿Nosotros? Será que por qué se lo has permitido tú —dijo el compadre con indiferencia.

—Ya veo que vuestro hurgón es de hierro —dijo el tejedor después de un breve silencio y rascándose la espalda—. Mi señora compró un hurgón el año pasado en la feria, dio veinticinco kopeks por él, no está mal…, no hace tanto daño…

Entre tanto, la esposa triunfante, tras dejar en el suelo la mecha, desató el saco y miró dentro. Pero sus viejos ojos que tan bien habían visto el saco debían de estar engañándola ahora.

—Ah, pero… ¡si hay un jabalí entero! —exclamó dando palmas de alegría.

—¡Un jabalí! ¿Lo has oído? ¡Un jabalí entero! —El tejedor empujó al compadre—. ¡Tú tienes la culpa de todo!

—¿Qué quieres que le haga? —dijo el compadre encogiéndose de hombros.

—¿Cómo que qué? ¿Qué hacemos aquí parados? ¡Vamos a quitarle el saco! ¡Empieza!

—¡Largo de aquí! ¡Largo! ¡El jabalí es nuestro! —gritó el tejedor actuando.

—¡Fuera, mujerona del diablo! ¡Fuera! ¡No es tuyo! —dijo el compadre acercándose.

Su esposa ya iba a agarrar de nuevo el hurgón, pero en ese momento Chub salió del saco y se quedó de pie en medio del zaguán, estirándose como un hombre que acabara de despertarse de un largo sueño.

La mujer del compadre lanzó un grito, golpeó las manos contra los faldones y, sin querer, todos se quedaron con la boca abierta.

—Mira la muy tonta, que es un jabalí, dice. ¡Esto no es un jabalí! —dijo el compadre con los ojos desencajados.

—¡Ay, a qué hombre han colado en un saco! —dijo el tejedor reculando de miedo—. Digas lo que digas, ya puedes contárselo a tu tía, ¡sin una fuerza impura no hay manera! Pero ¡si no entraría ni por una ventana!

—¡Es mi compadre! —dijo el compadre una vez lo hubo examinado con atención.

—¿Quién te pensabas que era? —dijo Chub con una sonrisa maliciosa—. Vaya broma tan buena os he gastado, ¿o no? A lo mejor queríais comerme en lugar de un buen cerdo, ¿eh? Esperad, esperad, que os voy a dar una alegría: en el saco hay más cosas, si no es un jabalí, para mí que es un cochinillo o algún otro bicho. Ahí debajo algo se movía sin parar.

El tejedor y el compadre se lanzaron sobre el saco, la dueña de la casa lo asió por el otro lado, y la pelea se habría reanudado de no ser porque el salmista, al ver que ahora ya sí que no tenía dónde esconderse, salió del saco como buenamente pudo.

La mujer del compadre, de piedra, soltó el pie con el que ya había empezado a arrastrar al salmista fuera del saco.

—¡Otro más! —exclamó el tejedor, asustado—. El diablo sabrá qué está pasando en el mundo…, la cabeza me da vueltas…, embuchados o panecillos, no, ¡a gente meten en sacos!

—¡El salmista! —dijo Chub, el más sorprendido de todos—. Fíjate tú, ¡vaya con Soloja! Meternos en el saco… Vaya, vaya, ya veo…, tiene la cabaña llena de sacos…

Ahora lo sé bien: había dos hombres por saco. Y yo pensaba que sólo a mí me… ¡Vaya con Soloja!

Las muchachas se sorprendieron un poco al no encontrar uno de los sacos. «Qué se le va a hacer, nos bastará con éste», balbució Oxana. Agarraron el saco entre todas y lo cargaron en el trineo.

El principal había decidido guardar silencio tras pensarlo un rato: si empezaba a gritar para que lo soltaran y desataran el saco, las muchachitas bobas echarían a correr, pensarían que dentro había un demonio, y él se quedaría en la calle, puede que hasta el día siguiente.

Entre tanto, cogidas de la mano, las muchachas volaban, cual torbellino, en el trineo sobre la nieve crujiente. La mayoría, entre travesura y travesura, se había sentado en el trineo; otras se habían encaramado encima mismo del principal. Éste había decidido soportarlo todo. Por fin llegaron, abrieron de par en par la puerta del zaguán y de la cabaña y arrastraron el saco entre carcajadas.

—Vamos a ver qué hay aquí —gritaban todas, y se pusieron a deshacer los nudos.

Y entonces el hipo, que no había dejado de atormentar al principal en todo el tiempo que llevaba dentro del saco, se fortaleció tantísimo que éste empezó a hipar y a toser bien alto.

—¡Ay! ¡Hay alguien dentro! —empezaron a gritar todas y, del susto, se lanzaron fuera.

—¿Qué está pasando aquí? ¿A dónde vais como posesas? —dijo Chub, que acababa de entrar.

—¡Ay, batko! —dijo Oxana—. ¡Hay alguien en ese saco!

—¿En un saco? ¿De dónde lo habéis sacado?

—El herrero lo tiró en medio del camino —dijeron todas.

«¿Qué te había dicho…?», pensó Chub.

—Pero ¿por qué os habéis asustado? Venid a ver. Hale, individuo, no te me enfades porque no te llamemos por tu nombre y patronímico, ¡sal del saco!

Salió el principal.

—¡Oh! —exclamaron las muchachas.

«Así que el principal también estaba allí —se dijo Chub perplejo, mientras lo medía de la cabeza a los pies—, ¡y mira cómo es! Es…», y no pudo decirse nada más.

El principal no estaba menos confundido y no sabía ni qué decir.

—Debe de hacer frío fuera, ¿no? —dijo dirigiéndose a Chub.

—Está helando un poco, sí —respondió éste—. Y permíteme que te pregunte con qué untas tus botas, ¿con manteca de cerdo o con brea?

No era eso lo que quería decir, él lo que quería era preguntar: «¿Cómo has acabado en un saco, principal?», pero ni él era capaz de comprender cómo había llegado a decir algo completamente diferente.

—Es mejor con brea —dijo el principal—. En fin, adiós, Chub. —Se encasquetó el gorro y salió de la cabaña.

—¿Y esa tontería de preguntar con qué se unta las botas? —dijo Chub mirando la puerta por la que acababa de salir el principal—. ¡Vaya con Soloja! ¡Meter a tal hombre en un saco! Ya lo ves, ¡mujer endemoniada! Y yo soy tonto…, pero ¿dónde está el maldito saco?

—Lo he tirado a un rincón, no había nada más —dijo Oxana.

—Ya me conozco yo eso de que no hay nada. ¡Tráelo acá! Hay uno más. ¡Sacúdelo bien!… ¿Cómo? ¿No hay nada?… Ya lo ves, ¡maldita mujer! Y la miras…, una santa, una de esas que nunca se llevan a la boca nada de carne o de leche.

Pero dejemos que Chub dé rienda suelta a su enfado y regresemos con el herrero, porque fuera ya debe de ser la hora novena.

Al principio, a Vakula le pareció terrible elevarse sobre la tierra a tal altura que no veía nada de lo que había abajo y volar cual mosca tan cerca de la luna que, de haberse inclinado un poco, podría habérsela puesto de sombrero. Sin embargo, al poco se envalentonó y empezó a burlarse del diablo. Le divertían sobremanera los hipidos y toses del diablo cuando se quitaba del cuello la crucecita de madera de pino y se la acercaba. Levantaba la mano a propósito para rascarse la cabeza, pero el diablo creía que iba a santiguarse y entonces volaba todavía más deprisa. En las alturas todo estaba iluminado. Entre la ligera niebla plateada el aire era diáfano. Se veía todo, incluso pudo observar a un hechicero que, subido en un puchero, pasó a su lado como una flecha; a las estrellas que, amontonadas, jugaban a la gallinita ciega; a todo un enjambre de espíritus remolinados en un lugar apartado; a un diablo que bailaba a la luz de la luna y que, al ver al herrero cabalgando, se quitó el sombrero; a una escoba que volaba de regreso y en la que, por lo visto, acababa de viajar una bruja allá donde necesitara…, y se encontraron con muchas otras tonterías. Todo aquello que veía al herrero se detenía por un momento a observarlo para después seguir volando y continuar a lo suyo; el herrero volaba y volaba; de pronto, delante de él empezó a relucir San Petersburgo, todo lleno de luces. (Por entonces había iluminación no sabemos por qué motivo). El diablo cruzó la barrera y se convirtió en un caballo, y el herrero se vio en medio de la calle sobre un veloz corcel.

¡Dios mío! Ruido, estruendo, brillo; a ambos lados se apilaban muros de cuatro plantas; al ruido de las pezuñas del caballo, al sonido de las ruedas, lo respondía un estruendo que retumbaba por los cuatro costados; las casas crecían y parecían surgir de la tierra a cada paso; los puentes temblaban; los carros volaban; los cocheros y los

postillones gritaban; la nieve silbaba debajo de los miles de trineos que se deslizaban en todas direcciones; los viandantes se apretaban y apiñaban a los pies de las casas sembradas de luminarias, y sus enormes sombras bailaban en los muros: sus cabezas alcanzaban chimeneas y tejados. Admirado, el herrero miraba en todas direcciones. Le parecía que todas las casas fijaban en él sus innumerables ojos de fuego y que lo examinaban. Vio a tantos señores de abrigo con envoltorio de paño que no sabía ante quién tenía que quitarse el sombrero. «¡Válgame Dios, cuánto señorío hay aquí! —pensó el herrero—. Creo que todo el que pasa por la calle en abrigo de piel es un delegado, ¡un delegado, no menos! Y los que viajan en esos maravillosos calesines con cristales, si no son los regidores de la ciudad, pues entonces deben de ser los comisarios, como poco». Sus palabras se vieron interrumpidas por la pregunta del diablo: «¿Vamos directamente a ver a la zarina?». «No, ¡qué miedo! —pensó el herrero—. Por aquí, en algún lugar que desconozco, se han juntado los zaporogos que pasaron en otoño por Dikanka. Venían de la Sich con cartas para la zarina; estaría bien pedirles consejo».

—Oye, Satán, ¡métete en un bolsillo y llévame a ver a los zaporogos!

Al momento el diablo empezó a adelgazar y se hizo tan pequeño que se coló en el bolsillo sin dificultad alguna. Y Vakula no había tenido tiempo ni de situarse cuando se vio delante de una casa grande, entró sin saber cómo a la escalera, abrió la puerta y retrocedió un pelín por culpa del brillo que vio en la estancia, limpia y recogida; pero luego se animó un poco al reconocer a los zaporogos que habían pasado por Dikanka y que ahora estaban en divanes de seda, las botas untadas de brea recogidas debajo, y fumando el tabaco más fuerte, el llamado «de raíz».

—¡Salud, señores! ¡Dios os ayude! ¡Vaya dónde nos encontramos! —dijo el herrero habiéndose acercado y con una profunda reverencia.

—¿Quién es éste? —preguntó el que estaba sentado justo enfrente del herrero a otro que estaba un poco más allá.

—¿No me reconocen? —dijo el herrero—. Soy Vakula, ¡el herrero! Cuando en otoño pasaron por Dikanka, estuvieron en mi casa, Dios les dé salud y largo vivir, al menos dos días. Y también entonces puse una llanta nueva en la rueda delantera de su carro.

—¡Ah! —dijo el mismo zaporogo—. Es el mismo herrero que pinta con arte. Salud, paisano, ¿cómo te ha traído Dios por aquí?

—Bueno, quería ver un poco…, dicen que…

—¿Qué, paisano —dijo con mucho gallo el zaporogo, pues quería demostrar que también él sabía hablar ruso—, una ciudad grande?

El herrero tampoco quería descubrirse y parecer novato; encima, como han tenido ocasión de ver antes, sabía hablar muy bien, sin faltas.

—¡Es un gobierno admirable! —respondió indiferente—. No hay nada que decir: las casas son grandecitas, los cuadros cuelgan con aire importante de lado a lado. Muchas casas están llenas a rebosar de letras de oropel. Nada que decir, ¡una proporción maravillosa!

Los zaporogos, al oír al herrero explicándose con tanta fluidez, llegaron a una conclusión muy favorable.

—Luego seguiremos con la plática, paisano; ahora nos vamos a ver a la zarina.

—¿A la zarina? ¿Seríais tan amables, señores, de dejarme ir con vosotros?

—¿A ti? —dijo un zaporogo con el mismo tono con el que habla un tío a su pupilo de cuatro años que acaba de pedir que lo suban a un caballo de verdad, a uno grande—. ¿Y qué vas a hacer tú allí? No, no es posible. —Y entonces en su cara asomó un gesto significativo—. Hermano, vamos a hablar con la zarina de cosas nuestras.

—¡Llevadme! —insistía el herrero—. ¡Pídeselo! —susurró muy bajito al diablo golpeando con el puño el bolsillo.

No había casi terminado de hablar cuando un segundo zaporogo dijo:

—¿Por qué no, hermanos? Que se venga.

—Pues sí, que se venga —dijeron los demás.

—Ponte vestiduras como las nuestras.

El herrero se lanzó a cubrirse con un caftán cosaco de color verde y, entonces, la puerta se abrió de repente y el hombre con pasamanos que entró dijo que era hora de irse.

Asombrado volvió a sentirse el herrero mientras volaba en una enorme carroza que se balanceaba sobre resortes, mientras a ambos lados se quedaban atrás las casas de cuatro plantas y la calzada, retumbante, parecía rodar también bajo las patas de los caballos.

«¡Dios mío, qué luz! —pensaba el herrero—. Nosotros no tenemos tanta luz ni siquiera de día».

Las carrozas se detuvieron delante de un palacio. Los zaporogos bajaron, accedieron a un zaguán grandioso y empezaron a subir por una escalera con una iluminación espléndida.

«¡Qué escalera! —se decía el herrero—. Da pena pisarla. ¡Qué adornos! Ya ves, y dicen que los cuentos mienten. ¡Qué van a mentir! ¡Dios mío, qué barandilla! ¡Qué trabajo! ¡Sólo en hierro se han ido unos cincuenta rublos!».

Ya en lo alto de la escalera, los zaporogos pasaron a la primera sala. El herrero los seguía tímidamente, temiendo resbalarse a cada paso en el entarimado. Atravesaron tres salas y el herrero seguía sin dejar de sorprenderse. Al entrar a una cuarta, se acercó sin darse cuenta a un cuadro que colgaba en una pared. Era la Virgen con el Niño. «¡Qué cuadro! ¡Qué pintura tan maravillosa! —deliberaba—. ¡Fíjate, si parece que habla! ¡Si parece que esté viva! Y el Santo Niño… con los bracitos apretados… y

se ríe el pobre… Y… ¡los colores! ¡Dios mío, qué colores! Este ocre no es de un kopek me parece a mí, es un verde cobrizo y carmín. ¡Y cómo brilla el azul! ¡Es una obra majestuosa! El fondo debe de estar cubierto de albayalde. Aunque por muy asombrosa que sea esta pintura, este agarradero de cobre —continuó mientras se acercaba a una puerta y palpaba la cerradura— es digno de mayor asombro. ¡Qué elaboración tan limpia! Todo esto es obra de herreros alemanes, creo, al precio más caro…».

Y puede que el herrero hubiera seguido deliberando un buen rato si un lacayo con galones no le hubiera tirado del brazo y no le hubiera recordado que no debía quedarse rezagado. Los zaporogos cruzaron otras dos salas y se pararon. Aquí se les ordenó esperar. En la sala se apiñaban varios generales con uniformes de gala bordados en oro. Los zaporogos hicieron reverencias en todas direcciones e hicieron su propio grupo.

Al cabo de un minuto entró, acompañado de toda una comitiva de tamaño imponente, un hombre bastante grueso en uniforme de hetman, en botas de caña alta de color amarillo. Llevaba el pelo despeinado, un ojo estaba un poco bizco, su cara reflejaba cierta majestuosidad altiva, en todos sus movimientos se notaba que estaba acostumbrado a dar órdenes. Todos los generales, que habían estado paseando por la sala sus dorados uniformes con bastante arrogancia, empezaron a trajinar para, entre profundas reverencias, captar cada una de sus palabras e incluso el más mínimo movimiento y así salir volando al momento a cumplirlo. Pero el hetman ni les prestó atención, apenas hizo un gesto con la cabeza y se acercó a los zaporogos.

Las reverencias de éstos llegaron hasta el suelo.

—¿Están todos? —preguntó alargando la frase, articulando un poco con la nariz.

—¡Todos, todos, batko! —respondieron los zaporogos inclinándose otra vez.

—No se olviden de hablar tal como les he enseñado.

—No, batko, no lo haremos.

—¿Es el zar? —preguntó el herrero a uno de los zaporogos.

—¡Qué va a ser el zar! Es Potiomkin en persona.

Se oyeron voces en otra estancia y el herrero ya no sabía dónde llevar la vista ante las numerosas señoras que acababan de entrar en vestidos de raso con largas colas y vestidos de corte bordados en oro y recogidos por detrás. Sólo era capaz de ver el brillo, nada más. De pronto, todos los zaporogos cayeron al suelo y gritaron al unísono:

—¡Piedad, madre! ¡Piedad!

El herrero, que no veía nada, también se apresuró en tirarse al suelo.

—¡Levantaos! —resonó por encima de ellos una voz imperativa y, al mismo tiempo, agradable. Algunos cortesanos se agitaron y se pusieron a tirar de los zaporogos.

—¡No, madre! ¡No nos levantaremos! ¡Moriremos, pero no nos levantaremos! —gritaban los zaporogos.

Potiomkin se mordía los labios. Al final se acercó e, imperativo, le susurró algo a uno de los zaporogos. Éstos se levantaron.

El herrero se atrevió entonces a levantar la cabeza y vio delante a una mujer no muy grande, incluso algo corpulenta, empolvada, con los ojos azules y, al mismo tiempo, con ese aire majestuosamente sonriente del que sabe que todo se le somete y que sólo podía pertenecer a la mujer que reina.

—El excelentísimo ha prometido que hoy conocería a un pueblo mío que no había visto hasta ahora —decía la dama de los ojos azules mientras examinaba con interés a los zaporogos—. ¿Os tratan bien aquí? —Continuó hablando mientras se acercaba.

—¡Gracias, madre! Nos dan buenos víveres, los corderos de aquí no se parecen en nada a los nuestros de Zaporozhie, pero, aun así, se puede vivir…

Potiomkin arrugó el ceño al ver que los zaporogos decían cosas completamente diferentes de lo que él les había enseñado…

Con mucho gallo, uno de ellos dio un paso al frente:

—¡Piedad, madre! ¿Por qué destruyes al pueblo fiel? ¿Cómo te hemos enfadado? ¿Acaso hemos tendido la mano al vil tártaro? ¿Acaso hemos llegado a algún acuerdo con el turco? ¿Acaso te hemos traicionado de obra o de pensamiento? ¿Por qué esta desgracia? Primero oímos que ordenas construir por doquier fortalezas contra nosotros; después que nos quieres convertir en carabineros; y ahora oímos nuevas penas. ¿De qué tienen la culpa las tropas zaporogas? ¿De haber conducido a tu ejército a través de Perekop y de haber ayudado a tus generales a llevar al degolladero a los crimeos?

Potiomkin callaba y con un cepillo pequeñito limpiaba al descuido los brillantes que guarnecían sus manos.

—¿Qué es lo que queréis? —preguntó Catalina, considerada.

Serios, los zaporogos intercambiaron miradas.

«¡Es el momento! ¡La zarina ha preguntado qué queremos!», se dijo el herrero y, de súbito, se postró en el suelo.

—Su majestad imperial, no ordene un castigo, ¡ordene compasión! No vaya a enfadarse su graciosa majestad por esto, pero ¿de qué están hechos los botines que hay en sus pies? Creo que ni un sueco ni ningún Estado del mundo sabría hacer unos así. ¡Ay, si mi mujercita llevara unos así, Dios mío!

La soberana se echó a reír. Los cortesanos también se echaron a reír. Potiomkin fruncía el ceño a la vez que sonreía. Los zaporogos empezaron a tirar del brazo al herrero, creían que se había vuelto loco.

—¡Levántate! —dijo la soberana con dulzura—. Si tantas ganas tienes de unos borceguíes así, no será difícil conseguirlo. ¡Traedle ahora mismo los botines más caros,

con oro! En verdad, me gusta mucho la inocencia y la sencillez. Ahí tiene —continuó la soberana con la vista fija en un hombre de mediana edad que estaba apartado, un hombre de cara gruesa pero pálida, cuyo modesto caftán de grandes botones nacarados demostraba que no pertenecía al número de cortesanos—, ¡un objeto digno de vuestra aguda pluma!

—Su majestad imperial es demasiado benevolente. ¡Aquí se necesita a Jean de La Fontaine como poco! —respondió con una ligera reverencia el hombre de los botones nacarados.

—De buena fe le voy a decir algo: todavía hoy pierdo el sentido con su Brigadier. ¡Lee usted de maravilla! Aunque… —continuó la soberana dirigiéndose ya a los zaporogos— tenía entendido que allá en la Sich no se casaban nunca.

—¡Huy, mamita! Bien sabes que un hombre no puede andar sin una mujercita —respondió el mismo zaporogo que había estado charlando con el herrero, y éste se sorprendió: el zaporogo, que sabía hablar bien y correctamente ruso, conversaba con la zarina como usando a propósito palabras groseras, las que solían llamarse «de aldeanos». «¡Gente astuta! —pensó—, seguro que tiene algún motivo para hacerlo».

—No somos monjitos —continuó el zaporogo—, sino gente pecadora. Sedienta, como todo venerable cristiano, de carne y de leche. No somos pocos los que tenemos mujer, sólo que no vivimos con ellas en la Sich. Están quienes tienen mujer en Polonia; luego quienes la tienen en Ucrania y quienes en tierras turquescas.

En ese momento trajeron los borceguíes para el herrero.

—¡Válgame Dios, qué joya! —exclamó encantado atrapando los borceguíes—. ¡Su majestad imperial! Con borceguíes tales en los pies, y digo yo que con ellos su excelencia irá incluso a deslizarse por el hielo, ¿cómo no serán los pies que los calzan? Como poco, de azúcar puro, creo yo.

La soberana, cuyos pies eran ciertamente esbeltos y encantadores, no pudo por menos que sonreír al oír tales elogios en boca de un sencillo herrero, que en sus ropajes zaporogos podía ser considerado hermoso, a pesar de su cara tezada.

Ilusionado con esa atención tan favorable, el herrero ya iba a ponerse a hacer más preguntas a la zarina: que si era verdad que los zares sólo comían miel y tocino ahumado y otras cosas de este estilo; pero notó que los zaporogos empezaban a pincharle el costado y decidió callarse. Y cuando la soberana se dirigió a los ancianos y empezó a preguntarles por su vida en la Sich, por sus usos y costumbres, él se apartó, se ladeó sobre el bolsillo, dijo muy bajito: «¡Sácame de aquí, deprisa!», y se encontró de pronto más allá de la barrera.

—¡Se ha ahogado! ¡Lo juro, se ha ahogado! ¡Que no me mueva del sitio si no se ha ahogado! —balbucía la gorda tejedora entre un tropel de mujeres de Dikanka en medio de la calle.

—¿Qué dices? ¿Que soy qué, una mentirosa cualquiera? ¿O que le he robado una vaca alguien? ¿Le he echado mal de ojo a alguien como para que ahora no me creáis? —gritaba, sacudiendo los brazos, una mujer en svitka cosaca y nariz violácea—. ¡Que se me quiten las ganas de beber agua si la vieja Pereperchija no ha visto con sus propios ojos al herrero ahorcado!

—¿Que el herrero se ha ahorcado? ¡Caramba! —dijo el principal que salía en ese momento de casa de Chub; se acercó y se fue abriendo paso hasta las parlantes.

—¡Mejor di que se te quiten las ganas de tomar vodka, vieja borracha! —respondió la tejedora—. ¡Hay que estar tan loca como tú para ahorcarse! ¡Se ha ahogado! ¡En un claro de hielo! ¡Lo sé igual que sé que tú vienes de ver a la figonera!

—¡Serás desvergonzada! Mira tú lo que me dices —replicó furiosa la mujerona de la nariz violácea—. ¡Más te valdría estar calladita! ¿O no sé yo que el salmista va a verte todas las tardes?

La tejedora estalló.

—¿Qué dices del salmista? ¿A quién dices que va a ver? ¿Por qué mientes?

—¿El salmista? —roncó la salmista, en zamarra de piel de liebre con envoltorio de seda burda, pegándose a las dos que discutían—. ¡Ya os voy a dar yo salmistas! ¿Quién ha dicho nada del salmista?

—¡Ahí tienes a quién le hace visitas! —dijo la mujerona de nariz violácea señalando a la tejedora.

—¿Así que eras tú, perra? —dijo la salmista lanzándose sobre la tejedora—. ¿Tú eres la bruja que lo embrolla y le da bebedizos para que vaya a verte?

—¡Apártate de mí, satanás! —dijo reculando la tejedora.

—Ya verás, maldita bruja, ya, ¡así no llegues a ver a tus hijos, ruin! ¡Puf!… —Y la salmista escupió a los ojos de la tejedora.

La tejedora quiso a su vez hacer lo mismo, pero lo que hizo fue escupir a la barba sin afeitar del principal, quien, para enterarse mejor de todo, había llegado hasta las dos litigantes.

—¡Ah, mujer inmunda! —gritó el principal limpiándose la cara con los faldones y levantando el látigo. Este movimiento hizo que todas salieran corriendo en todas direcciones sin parar de decir juramentos—. ¡Qué asco! —repetía mientras se limpiaba—. Así que el herrero se ha ahorcado. ¡Válgame Dios, con lo buen pintor que era! Y forjaba unos cuchillos bien sólidos, y hoces, arados… ¡Qué fuerza tenía! Sí —continuó dándole vueltas—, poca gente así tenemos en la aldea. Mira que dentro de ese maldito saco ya noté yo que el pobre no estaba de buen humor. ¡Vaya con el herrero! Estaba… ¡y ya no está! Y yo que quería haber herrado a mi yegua lucera…

Y rebosante de pensamientos cristianos, el principal echó a andar hacia su cabaña.

Oxana se quedó confundida cuando hasta ella llegaron las nuevas. No creía mucho ni en los ojos de Pereperchija ni en las habladurías de las mujeres; sabía que el herrero

era demasiado piadoso como para arruinar su alma. Pero ¿y si en verdad se había marchado con la intención de no regresar nunca a la aldea? ¡Difícilmente iba a encontrar ella a un mozo tan bueno y hermoso como el herrero! Ni aquí ni en otro sitio. Y él… ¡la quería tanto! ¡Había soportado sus caprichos más que ninguno! La niña bonita pasó toda la noche dando vueltas bajo la manta, del costado derecho al izquierdo, y del izquierdo al derecho, pero no pudo dormir. Tan pronto, tras destapar su cautivadora desnudez que la oscuridad de la noche ocultaba incluso de ella misma, casi se regañaba en voz alta; tan pronto se serenaba y decidía no pensar en nada…, aun así, seguía pensando. Y se abrasaba: para la mañana, estaba enamorada hasta las cejas del herrero.

Chub no manifestó ni alegría ni pesar por la suerte de Vakula. Su cabeza estaba ocupada en otra cosa: en modo alguno podía olvidar la deslealtad de Soloja y ni dormido dejó de dedicarle improperios.

Llegó la mañana. Antes del amanecer la iglesia ya estaba llena de gente. Las mujeres mayores, con tocas blancas, en svitka de paño blanco, se santiguaban piadosas casi en la misma entrada de la iglesia. Las nobles, en chaquetas verdes y amarillas, otras incluso en pellizas azules con cordones dorados atrás, estaban delante de ellas. Las mozas, en cuyas cabezas había enrollada toda una tienda de cintas y, en el cuello, gargantillas, cruces y medallitas, intentaban colarse más cerca del iconostasio. Pero delante de todos estaban los nobles y los aldeanos sencillos de bigotes, mechón largo, cuello grueso y barbilla recién afeitada, la mayor parte en kobeniak bajo la que asomaban svitki blancas en unos, azules en otros. En todos los rostros, daba igual a cuál miraras, se descubría la fiesta. El principal se relamía imaginando cómo iba a romper el ayuno con embuchados; las mozas pensaban en que iban a deslizarse con los chicos por el hielo; las ancianas murmuraban oraciones con más aplicación que otras veces. Por toda la iglesia se oían las reverencias que hacía el cosaco Sverbyguz. Oxana era la única que parecía no ser ella: rezaba, pero no rezaba. En su corazón se habían agolpado tantos sentimientos diferentes, a cada cual más enojoso, a cada cual más triste, que su rostro sólo expresaba una fuerte conmoción; las lágrimas temblaban en sus ojos. Las mozas no podían comprender la causa y no sospechaban que el herrero tuviera la culpa. Sin embargo, Oxana no era la única que estaba ocupada pensando en el herrero. Todos los legos notaban que la fiesta… no parecía una fiesta, era como si faltara algo. Como por desgracia, después de su viaje en saco, el salmista se había quedado ronco y su voz sonaba apenas audible; cierto que el capiscol forastero era un bajo glorioso, pero habría estado mucho mejor de haber tenido al herrero, quien, en cuanto cantaban el Padrenuestro o el Himno de los Querubines, siempre solía subirse al coro y cantaba desde allí con la misma melodía con la que cantan en Poltava. Además, remediaba él solo el oficio de mayordomo de

la iglesia. La misa del alba ya se había quedado atrás; después de la misa del alba se quedó atrás la de la mañana…, pero, en verdad, ¿dónde se habría perdido el herrero?

En lo que quedaba de noche el diablo voló de regreso con el herrero aún más deprisa. Vakula se vio en su cabaña en un abrir y cerrar de ojos. En ese momento cantó el gallo. «¿Dónde vas? —gritó atrapando por el rabo al diablo, que pretendía salir corriendo—. Espera, amiguito, que todavía no hemos acabado: todavía no te he dado las gracias». Agarró una rama seca, le propinó tres golpes y el pobre diablo echó a correr cual aldeano al que el delegado acaba de echar un rapapolvo. Así pues, en lugar de jugársela, tentar y embaucar a otros, el enemigo del género humano había sido él el embaucado. Después de todo esto Vakula entró al zaguán, se metió entre el heno y durmió hasta la hora de comer. Al despertar, se asustó porque vio que el sol estaba en lo alto: «Me he quedado dormido, ¡me he saltado la misa del alba y la de la mañana!». Y el piadoso herrero se hundió en la desesperación, pensando que seguro que Dios, como castigo por su pecadora intención de destruir su alma, le había enviado este sueño que no le había permitido asistir a la iglesia en una fiesta tan señalada. Sin embargo, en cuanto se hubo tranquilizado con que a la siguiente semana iría al pope a confesarse y que desde hoy mismo haría cincuenta reverencias al día durante todo el año, fue a echar un vistazo a la cabaña: no había nadie. Soloja, por lo visto, todavía no había regresado. Con cuidado sacó los borceguíes de la sobaquera y volvió a maravillarse con el precioso trabajo y con los prodigiosos sucesos de la pasada noche. Se lavó, se vistió con lo mejor que tenía: se puso la misma ropa que había conseguido de los zaporogos, sacó de un arcón un gorro nuevo de astracán de Reshetílovka con la parte superior de color azul, que no se había puesto ni una sola vez desde el momento en que lo compró, allá en Poltava; sacó también un cinturón nuevo de muchísimos colores; lo puso todo junto con un látigo en un pañuelo y marchó directo a ver a Chub.

A éste se le salieron los ojos de las cuencas cuando vio entrar en su casa al herrero, y no sabía qué es lo que le sorprendía, que el herrero hubiera resucitado, que se atreviera a ir a verlo o que estuviera engalanado como un petimetre y un zaporogo. Pero aún más se asombró cuando Vakula desató el pañuelo y colocó ante él un gorro nuevecito y un cinturón de los que no se veían en la aldea, después se arrojó a sus pies y dijo con voz suplicante:

—¡Compasión, batko! ¡No te enfades! Ahí tienes un látigo: golpéame cuanto tu alma desee, yo mismo me entrego; me arrepiento de todo; golpéame, pero no te enfades. En tiempos mi difunto batko y tú fuisteis hermanos, comíais a la misma mesa y juntos os bebíais las ganancias.

Chub, no sin secreto placer, miraba al herrero, el que no hacía ni caso a nadie en la aldea, el que doblaba monedas y herraduras con la mano como si fueran tortitas de

alforfón, ese mismo herrero estaba ahora a sus pies. Para no comprometerse más, Chub cogió el látigo y golpeó tres veces la espalda del herrero.

—Ya tienes bastante, ¡ponte de pie! ¡Y haz caso siempre a los mayores! Olvidemos todo lo que ha habido entre nosotros. Bueno, y ahora dime, ¿qué se te ofrece?

—¡Casa a Oxana conmigo, batko!

Chub se lo pensó un poco, miró bien el gorro y el cinturón: el gorro era admirable, el cinturón no le iba en zaga; se acordó de la desleal Soloja y dijo resuelto:

—¡Hecho! Mándame a los casamenteros.

—¡Ah! —exclamó Oxana, que acababa de cruzar el umbral y de ver al herrero; sus ojos se clavaron en él llenos de asombro y alegría.

—¡Mira qué botines te he traído! —dijo Vakula—. Los que calza la zarina.

—¡No! ¡No necesito botines! —dijo sacudiendo los brazos y sin apartar la vista de él—. Y sin botines yo… —Enrojeció y no pudo seguir hablando.

El herrero se acercó y tomó su mano; la niña bonita bajó la mirada. Nunca antes había estado tan maravillosamente bella. El admirado herrero le dio un beso calmo y la cara de ella se encendió muchísimo más. Y entonces fue aún más bella.

Un obispo, gloria eterna a él, atravesó una vez por Dikanka y alabó el lugar en el que se encontraba la aldea. Al pasar por una calle se detuvo delante de una cabaña nueva.

—¿De quién es esta cabaña tan decorada? —preguntó su ilustrísima a una bonita mujer que estaba cerca de la puerta con una criatura en brazos.

—¡Del herrero Vakula! —le respondió con una reverencia Oxana, pues era precisamente ella.

—¡Excelente! ¡Un trabajo excelente! —dijo su ilustrísima examinando las puertas y las ventanas. Todas las ventanas tenían un cerco de color rojo; en las puertas se veían cosacos a caballo, con una pipa entre los dientes.

Pero con más ganas alabó su ilustrísima a Vakula cuando se enteró de que había mantenido su penitencia y había pintado de balde todo el coro izquierdo de color verde con flores rojas. Y esto no era todo: en la pared lateral según entras a la iglesia, Vakula había pintado al diablo en el infierno y era tan repulsivo que todos escupían cuando pasaban por allí, mientras que las mujeres, en cuanto se echaba a llorar el niño que tuvieran en brazos, lo acercaban al cuadro y decían: «¡Mira, mira! ¡Vaya caca hay aquí pintada!», y el niño, conteniendo las lágrimas, miraba de reojo al cuadro y se estrechaba contra el pecho de la madre.